Bebés y
BILLONARIOS

Jazmín™

Mentiras y deseo

Janice Maynard

HARLEQUIN

Bebés y
BILLONARIOS

Mentiras y deseo

Janice Maynard



En una ocasión había sido todo su mundo. Ahora sería su mujer.

Luc Cavallo llevaba un negocio multimillonario. Resolvía crisis sin siquiera pestañear. Hasta que la mujer a quien una vez había

amado apareció en su despacho, tan hermosa como diez años atrás… con un bebé en brazos y pidiéndole protección.

Nadie que conociera su historia con Hattie Parker lo culparía si la echara a patadas. Pero no iba a ser cruel si había una niña de por medio, así que sería el padre del bebé que Hattie había adoptado. Y después por fin la tendría a ella donde quería: en su cama y llevando su anillo.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Mentiras y deseo, n.º 5 - mayo 2018
Título original: The Billionaire's Borrowed Baby
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-9188-148-3
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Hacía una preciosa mañana en Atlanta, Georgia, pero Hattie Parker solo podía pensar en el pánico y la desesperación que sentía.

—Necesito hablar con el señor Cavallo, por favor. Con el señor Luc Cavallo. Es urgente.

La secretaria, una mujer de unos treinta años con un frío traje de chaqueta azul a juego con sus ojos, abrió su agenda.

—¿Ha concertado una cita? —le preguntó, sin mirarla.

Hattie apretó los dientes. Evidentemente, la mujer sabía que no tenía cita y estaba haciendo lo posible para intimidarla.

—Dígale que soy Hattie Parker —respondió, sujetando a la niña con una mano y la bolsa de los pañales con la otra. —No tengo cita pero estoy segura de que Luc querrá recibirme.

En realidad, era mentira. No sabía si Luc querría verla o no. Una vez había sido su príncipe azul, dispuesto a hacer todo lo que ella quisiera y a concederle todo lo que deseara.

Aquel día tal vez la echaría a la calle pero estaba dispuesta a arriesgarse, esperando que recordase los buenos tiempos. No se habían separado de manera amistosa pero como no tenía otra opción, o era Luc o nadie. Y no pensaba irse sin luchar.

La secretaria de Luc, que era el paradigma de la perfección, desde el pelo rubio ceniza sujeto en un elegante moño al maquillaje o la manicura, examinó con gesto de desdén su despeinado pelo rubio, la barata falda de color caqui y la blusa blanca de algodón. Aunque no tuviera la blusa manchada de la saliva de Deedee, no iba a ganar ningún premio de moda con ese atuendo y Hattie lo sabía. Pero no era fácil mantener un aspecto elegante cuando se tiene una niña de siete meses tirándote del pelo.

El guardia de seguridad de la puerta había insistido en que dejara el cochecito abajo antes de tomar el ascensor y Deedee pesaba una tonelada.

Hattie estaba agotada y desesperada. Las últimas seis semanas habían sido un infierno.

—Lo siento, pero es imposible. El señor Cavallo está muy ocupado.

—O me deja ver al señor Cavallo o voy a montar el escándalo más grande que Atlanta haya visto desde Escarlata O'Hara —le advirtió Hattie. Le temblaban los labios, pero se negaba a dejar que aquella antipática se diera cuenta.

La mujer parpadeó y Hattie supo que había vencido.

—Espere un momento —dijo por fin, antes de desaparecer por un pasillo.

Hattie acarició el pelito dorado de Deedee.

—No te preocupes, cariño. No voy a dejar que nadie te aparte de mi lado.

La niña sonrió, mostrando dos dientecillos en la encía de abajo. Estaba empezando a balbucear y Hattie la quería más cada día.

La espera le pareció una eternidad pero cuando la secretaria volvió por fin, el reloj de la pared mostraba que solo habían pasado cinco minutos.

—El señor Cavallo la recibirá, pero es un hombre muy ocupado y tiene muchas reuniones esta mañana —le advirtió.

Ella tuvo que contener el infantil deseo de sacarle la lengua mientras la seguía por el pasillo.

—Puede pasar —le dijo, señalando una puerta.

Hattie respiró profundamente, besando a la niña para ver si eso le daba suerte.

—Empieza el espectáculo, Deedee.

Con más confianza de la que sentía en realidad, llamó con los nudillos a la puerta antes de entrar en el despacho de Luc Cavallo.

Luc dirigía un negocio multimillonario y estaba acostumbrado a lidiar con problemas. La capacidad de pensar a toda prisa era algo que había aprendido rápidamente en el mundo empresarial.

De modo que no era normal que algo lo pillara totalmente desprevenido, pero cuando Hattie Parker apareció en su despacho, después de una década sin verla, se quedó sin habla.

Estaba tan guapa ahora como lo había sido a los veinte años. La piel de porcelana, los ojos castaños con puntitos de color ámbar y unas piernas interminables. El sedoso pelo rubio apenas rozaba sus hombros; lo llevaba mucho más corto que antes.

Pero lo que sorprendió a Luc fue ver que la mujer a la que una vez había amado llevaba un bebé en brazos. De repente, experimentó una punzada de celos. Hattie era madre y eso significaba que había un hombre en su vida.

Pero era absurdo que eso lo molestara. Él había rehecho su vida mucho tiempo atrás. Entonces ¿por qué sentía aquella opresión en el pecho, por qué su pulso se había acelerado?

Luc se quedó inmóvil, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Hola, Hattie —la saludó, indicando el sillón que había frente al escritorio.

—Hola, Luc.

Estaba visiblemente nerviosa y mientras se sentaba, durante un segundo pudo ver esas piernas que recordaba tan bien…

Hattie Parker era una belleza natural que no necesitaba maquillaje. Incluso vestida con aquella ropa tan poco elegante resultaba encantadora.

Y una vez había sido todo su mundo.

Pero le molestaba que esos recuerdos le dolieran tanto.

—La última vez que nos acostamos juntos fue hace mucho tiempo. No habrás venido a decirme que ese bebé es hijo mío, ¿verdad?

El sarcasmo hizo que Hattie palideciese y Luc se sintió avergonzado. Pero un hombre tenía que usar cualquier arma para defenderse, se dijo a sí mismo. Era quien era por no mostrarse vulnerable. Y no volvería a serlo.

Hattie se aclaró la garganta.

—He venido a pedirte ayuda.

Luc levantó una ceja.

—Pensé que yo sería la última persona en tu lista.

—La verdad es que sí pero no tengo alternativa. Esto es muy serio, Luc.

—¿Cómo se llama? —le preguntó él, señalando al bebé.

—Deedee.

Una niña. No se parecía mucho a Hattie… tal vez se parecía a su padre, pensó mientras pulsaba el botón del intercomunicador.

—Marilyn, ¿puedes venir un momento, por favor?

Cuando la secretaria apareció, Luc señaló a la niña.

—¿Te importaría cuidar de ella unos minutos? Su nombre es Deedee. La señorita Parker y yo tenemos que hablar a solas y no quiero interrupciones.

Hattie estuvo a punto de protestar pero, pensándolo mejor, puso a Deedee en brazos de la secretaria.

—Aquí dentro llevo un biberón —le dijo, ofreciéndole la bolsa de pañales que llevaba colgada al hombro. —Y un babero.

Luc sabía que su ayudante podía hacerlo. Marilyn era fría como el hielo pero tremendamente eficaz.

Cuando la puerta se cerró, se echó hacia atrás en el sillón.

—Cuéntame, Hattie, ¿qué es eso tan grave que te ocurre para que hayas acudido a mí? Si no recuerdo mal, fuiste tú quien me dejó.

Ella se estrujó las manos.

—No creo que debamos hablar de eso. Fue hace mucho tiempo.

—Muy bien, como quieras —Luc se encogió de hombros. —Entonces nos concentraremos en el presente. ¿Por qué has venido?

—¿Recuerdas a mi hermana mayor, Angela?
—Sí, claro. Recuerdo que no os llevabais bien.
—Tras la muerte de mis padres empezamos a llevarnos mejor.
—No sabía que hubieran muerto. Lo siento.
Los ojos de Hattie se llenaron de lágrimas pero parpadeó para contenerlas.
—Mi padre murió de cáncer unos años después de que yo terminase la carrera.
—¿Y tu madre?
—Mi madre no podía vivir sin él. Mi padre se encargaba de todo y cuando murió se le vino el mundo abajo. Tuvimos que ingresarla en una clínica… y ya no salió de allí. Angela y yo vendimos la casa y todo lo que teníamos pero no fue suficiente. Me arruiné pagando las facturas de la clínica…
—¿Angela no te ayudó?
—Ella me dijo que no pagase nada, que el Estado debería encargarse de todos los gastos, especialmente cuando mi madre ya no podía reconocernos.
—Algunas personas dirían que tenía razón.
—Yo no —afirmó Hattie. —No podía abandonar a mi madre.
—¿Cuándo murió?
—El invierno pasado.
Luc miró su mano izquierda y comprobó que no llevaba alianza. ¿Dónde estaba su marido? ¿La habría abandonado dejándola con la niña?
Pero, de repente, lo entendió. Hattie necesitaba dinero. Era una chica orgullosa e independiente y las cosas debían irle muy mal si había tenido que rebajarse a pedirle ayuda.
Y aunque sus recuerdos eran amargos, no sería capaz de echarla de allí. Le gustaba la idea de ayudar a Hattie… tal vez era justicia poética.
—Si necesitas dinero yo puedo prestártelo, sin intereses, sin preguntas. Por los viejos tiempos.
Ella inclinó a un lado la cabeza.
—¿Perdona?
—Por eso has venido, ¿no? Quieres pedirme dinero. Y me parece bien, ¿de qué me sirve el dinero si no puedo ayudar a una vieja amiga?
—No, no, no —empezó a decir Hattie mientras se levantaba de la silla. —No es eso.
Luc se levantó también.
—Si no es dinero, ¿qué es lo que quieres de mí?
Podía ver los puntitos de color coñac en sus ojos. De repente, se vio asaltado por los recuerdos, buenos y malos.

Estaba tan cerca que podía oler su champú; un champú que olía a cerezas. Algunas cosas no cambiaban nunca, pensó.

—¿Hattie?

Ella había cerrado los ojos durante un segundo, pero cuando los abrió en ellos había un brillo de pena y resignación.

—Necesito que te cases conmigo.

Luc, que le había puesto las manos sobre los hombros, las apartó a toda velocidad. El imperio textil Cavallo, creado por su abuelo en Italia años atrás y con cuartel general en Atlanta, había hecho rico a Luc y a su hermano. Y Hattie sabía que el elegante traje de cachemir que llevaba sería de una de sus fábricas.

—¿Es una broma?

—No, no lo es. Es muy serio —respondió ella. —Necesito que te cases conmigo para que Deedee esté a salvo.

—¿Por qué? ¿El padre te ha amenazado… te ha hecho daño?

—No, no, es más complicado que eso —empezó a decir.

Luc se pasó una mano por el pelo oscuro.

—Parece que no vamos a resolver esto en cinco minutos y tengo una reunión. ¿Puedes conseguir una niñera para esta noche?

—Prefiero no hacerlo —respondió. —Deedee ha sufrido mucho y no quiere separarse de mí.

Y la idea de estar a solas con él la asustaba porque aquella breve reunión había revelado una verdad terrible: que la Hattie que había estado enamorada de Luc seguía allí, agarrada a los tontos sueños del pasado.

—Entonces enviaré un coche a buscarte… con una sillita de seguridad para Deedee. Cenaremos en mi casa y mi ama de llaves se encargará de la niña mientras hablamos.

No había nada amenazador en sus palabras pero a Hattie se le hizo un nudo en la garganta. ¿De verdad iba a convencer a Luc para que se casara con ella? Era absurdo. No tenía ninguna razón para escucharla más que mera curiosidad.

¿Por qué no le había dicho que no podía hacer nada? ¿Por qué quería hablar con ella?

Debería alegrarse, pensó. Incluso darle las gracias al cielo porque Luc no estaba casado.

Pero en aquel momento sus emociones eran mucho más complicadas. Porque seguía fascinada por aquel hombre que una vez le había prometido la luna.

Capítulo 2

¿Qué debía ponerse una mujer para pedir a alguien en matrimonio?

Mientras Deedee dormía, Hattie buscaba en el diminuto armario de su también diminuto apartamento, sabiendo que no iba a encontrar un vestido adecuado. Lo único remotamente decente era un vestido negro que había llevado tanto al funeral de su padre como al de su madre. Tal vez con algún accesorio podría darle algo de empaque, pensó, sacando del joyero la única pieza que no era bisutería barata. La delicada cadena de platino con una perla rodeada de diminutos diamantes seguía tan brillante como el día que Luc se la regaló.

Hattie acarició la perla, recordando…

Se habían saltado las clases vespertinas en Emory para ir al parque Piedmont con una manta y una cesta de merienda. Ella tenía una beca… el padre de Luc era patrono de la Escuela de Arte de la universidad.

Mientras se tumbaban bajo el sol, sintiéndose libres y vivos, Luc se había apoyado en un codo para mirarla.

—Tengo un regalo de aniversario para ti —le dijo, con una sonrisa en los labios.

—¿Aniversario?

Luc le acarició la mejilla.

—Nos conocimos hace seis meses. Estabas comprando una calabaza en el mercado para la noche de Halloween y yo me ofrecí a ayudarte a vaciarla. Tú me sonreíste y entonces lo supe.

—¿Qué supiste?

—Que eras la mujer de mi vida.

Hattie apartó la mirada para que no viera cuánto le emocionaba esa declaración.

—No sabía que los universitarios supieran decir cosas tan románticas.

—Yo tengo antepasados italianos, llevamos el romance en la sangre.

Ojalá fuera cierto, pensó ella. Pero su madre le había metido en la cabeza que los hombres solo querían una cosa y Hattie se lo había entregado a Luc sin pensarlo siquiera.

Ser la amante de Luc Cavallo era lo mejor que le había pasado nunca. Era el primer hombre de su vida y lo amaba tanto que le

dolía, pero se mostraba reservada. Tenía que terminar sus estudios porque una mujer debía ser independiente. Depender de un hombre solo llevaba al desastre.

Luc metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó una cajita de color azul turquesa de la famosa joyería Tiffany's. Ella no podría comprar ni un llavero en un sitio tan caro y si se le hubiera ocurrido una negativa amable lo habría hecho, pero Luc la miraba con tal ilusión que la abrió. Dentro había un colgante con una perla que Luc le puso en el cuello.

—Te queda muy bien.

Pero no era verdad. Ella no era la mujer que Luc Cavallo necesitaba. Un día, él ocuparía su sitio entre los ricos y poderosos y ella, con o sin collar, le desearía lo mejor. Porque no era la mujer de su vida, no podía serlo…

El ruido de un coche en la calle interrumpió sus pensamientos, devolviéndola al presente. Frunciendo el ceño, Hattie cerró el joyero. Seguramente Luc no recordaría el colgante. Sin duda, habría comprado muchas joyas en esos años para otras mujeres.

La tarde pasaba, con Deedee protestando porque le estaban saliendo los dientes, y casi fue un alivio cuando un chófer uniformado llamó a la puerta a las seis y media.

El hombre tomó la bolsa de los pañales mientras ella colocaba a Deedee en la sillita. Su sobrina estaba encantada con la novedad de ir sentada frente a ella en un coche tan grande.

Habían pasado diez años desde que rompió con Luc y no habían vuelto a verse desde la ceremonia de graduación. Atlanta era una ciudad muy grande y se movían en círculos diferentes. Ella vivía en un barrio de clase trabajadora y él en West Paces Ferri, uno de los vecindarios más lujosos de la ciudad, donde estaba la mansión del gobernador.

Luc había comprado recientemente una finca allí; Hattie había visto las fotografías en una revista. Ese artículo, acompañado de fotos de Luc, había sido el responsable de que hubiera decidido ir a pedirle ayuda. Pero ver su rostro después de tantos años había resucitado sentimientos que creía olvidados para siempre.

Tal vez era una señal, pensó.

La casa era asombrosa, con profusión de azaleas y glicinias y un largo camino de piedrecitas que llevaba hasta la entrada, con una impresionante puerta doble. Luc salió a recibirla.

—Bienvenida, Hattie.

Ella sintió que le ardía la cara cuando le apretó la mano.

—Tienes una casa preciosa.

—Aún no está terminada. Estoy deseando que acaben de una vez.

A pesar de lo que decía, y a pesar del andamio que había a un lado de la casa, el interior era impresionante. En el vestíbulo, con suelos de mármol y paredes enteladas, había una amplia escalera con barandilla de nogal, una enorme lámpara de araña sobre sus cabezas y, en una consola bajo un antiguo espejo con marco de pan de oro, un enorme ramo de flores blancas.

Hattie miró alrededor, con Deedee callada por primera vez, como si también ella estuviera impresionada.

—Es maravillosa, Luc.

—Gracias —dijo él. —Afortunadamente, ya empieza a parecer un hogar. La pareja que vivía aquí la compró en 1920 y, además de comprarles la casa, he heredado a Ana y Sherman, el ama de llaves y el chófer.

—Es un hombre muy amable —dijo Hattie. —¿Y Ana?

—La conocerás enseguida. Es el ama de llaves, la cocinera, la jardinera… hace un poco de todo. Tanto su marido como ella sienten tanto cariño por la casa que tengo la impresión de estar a prueba.

Como le había prometido, Ana se encargó de Deedee durante la cena, mientras Luc y ella cenaban.

Luc era un hombre fascinante, inteligente, leído y con un gran sentido del humor. Y, a medida que progresaba la noche, Hattie empezó a sentir una punzada de pesar. Se daba cuenta de lo que había perdido diez años atrás debido a su inmadurez y su cobardía.

Él le llenó la copa de nuevo.

—Supongo que no estás dándole el pecho a la niña.

Hattie se atragantó con el vino.

—Deedee no es mi hija. Es la hija de mi hermana Angela.

Luc la miró, sorprendido.

—¿Y por qué está contigo?

—Angela murió en un accidente de tráfico hace seis semanas. Mi cuñado, Eddie, conducía borracho, y después del accidente salió del coche y desapareció. No solo murió mi hermana sino las dos personas que iban en el coche con el que chocaron. Angela vivió unas horas… el tiempo suficiente para pedirme que cuidase de Deedee.

—¿Qué fue del padre de la niña?

—Eddie estuvo detenido unos días y ahora está en espera de juicio. Pero te garantizo que no irá a la cárcel, su familia tiene muchos contactos. Al principio, ninguno de ellos mostró la menor preocupación por Deedee pero hace dos semanas me llamaron para decir que querían verme en la finca familiar, en Conyers.

—¿Eddie quería ver a su hija?

Hattie rio amargamente.

—No, qué va. Estaba allí cuando llegué pero ni él ni sus parientes se molestaron en mirar a Deedee. Se referían a ella como «la niña», diciendo que era uno de ellos y debería ser educada en la familia.

—Si no mostraban ningún entusiasmo por ella, no lo entiendo.

—Para Eddie, Deedee sería su as en la manga. Quiere hacer el papel de marido destrozado y padre solo. Si alega que tiene que cuidar de Deedee no irá a la cárcel.

—Ah, ya entiendo —dijo Luc. —Y tú no estás de acuerdo con ese plan.

—Claro que no. Por eso les dije que Angela me pidió que cuidase de ella y que pensaba adoptarla.

—¿Y qué dijeron ellos?

—El padre de Eddie me dijo que ningún juez le daría la custodia de la niña a una mujer soltera con escasos medios económicos cuando el padre tenía recursos más que suficientes para asegurar su futuro.

—¿Y qué respondiste tú?

Hattie se mordió los labios.

—Que iba a casarme con mi novio de la universidad, un hombre que tenía mucho dinero y quería a Deedee como si fuera hija suya. Y luego salí corriendo.

Luc se rio.

—No tiene gracia —protestó Hattie, poniéndose en pie. —Esto es muy serio.

—Relájate. Deedee está a salvo, te doy mi palabra.

Hattie volvió a sentarse, con piernas temblorosas.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Mis abogados se encargarán de todo.

—¿Pero por qué lo haces?

Luc se echó hacia atrás, estudiándola en silencio durante unos segundos.

—Mis motivos no deberían importar, ¿no crees? Si de verdad soy tu último recurso…

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Nunca digo algo que no pienso, tú deberías saberlo. Haremos que tu mentira sea una realidad y los deseos de Angela prevalecerán.

—Firmaré un acuerdo de separación de bienes, por supuesto — sugirió Hattie. —No quiero tu dinero.

—Eso lo dejaste claro hace diez años, no hace falta que lo repitas —replicó él, mirándola con frialdad antes de levantarse. — Imagino que tendrás que acostar a Deedee antes de que sea demasiado tarde. Le pediré a mis abogados que redacten un

documento y cuando esté listo revisaremos los detalles.

—¿Detalles? —repitió ella.

—Yo tengo que poner ciertas restricciones.

—Sí, claro, tienes que proteger tus intereses —murmuró Hattie.

—Debería habértelo preguntado antes… ¿hay alguien en tu vida en este momento?

—¿No es un poco tarde para preocuparse por eso? Ya le has contado a todo el mundo que vamos a casarnos.

Hattie apretó los labios, mortificada.

—No a todo el mundo.

—¿Solo a la familia de Eddie? —Luc rio. —Bueno, deja que yo me preocupe por eso. Tú preocúpate de Deedee… por cierto, ¿a qué te dedicas?

Hattie era licenciada en Matemáticas y hasta unos meses antes había estado impartiendo clases en un instituto.

—He tenido que pedir excedencia durante el resto el año para atender a Deedee.

Luc suspiró, dando un paso adelante.

—Has debido sufrir mucho pero las cosas mejoraran, ya lo verás.

Hattie intentó sonreír.

—Algunos días parece como si nada pudiera volver a ser lo mismo.

—Yo no he dicho que vaya a ser lo mismo.

Por alguna razón, esa frase la asustó.

—¿Qué sacas tú con esto, Luc? ¿Por qué has aceptado apoyar la mentira impulsiva de una mujer a la que hace diez años que no veías?

—¿Estás intentando convencerme para que no lo haga?

—No, no… pero es que estaba convencida de que ibas a echarme de tu oficina.

—A veces puedo ser amable —dijo él, sarcástico.

—Hay algo más —dijo Hattie entonces. —Lo veo en tus ojos.

La expresión de Luc se ensombreció.

—Digamos que tengo mis razones —su tono dejó bien claro que no quería seguir con la conversación.

Y eso le dolió. Pero en realidad, eran casi dos extraños. Extraños que una vez habían hecho el amor con apasionamiento.

—Tengo que irme —murmuró Hattie.

Ana estaba sentada en la alfombra del cuarto de estar, jugando con Deedee.

—¿Ha dormido algo? —le preguntó, tomándola en brazos.

El ama de llaves se levantó, estirándose la falda del vestido.

—Ha dormido cuarenta y cinco minutos. Tiene una hija

preciosa, señorita Parker, un ángel.

—No es mi hija, es mi sobrina. Pero gracias.

—Te acompaño a la puerta —dijo Luc.

Mientras Sherman esperaba respetuosamente en la entrada, Luc la sorprendió tomando a Deedee en brazos para colocarla en la sillita de seguridad.

—Lo has hecho muy bien —dijo Hattie, sorprendida.

Luc acarició la mejilla regordeta de la niña.

—Espero que nos veamos pronto.

—¿Me llamarás?

—Le diré a Marilyn que se ponga en contacto contigo en un par de días. Imagino que tendrás que embalar tus cosas.

—¿Embalar mis cosas? —repitió Hattie.

—Deedee y tú os mudareis a mi casa en cuanto nos hayamos casado.

Capítulo 3

Dos días después, Luc llamó con los nudillos a la puerta del despacho de su hermano antes de entrar. Leo estaba casi escondido tras una pila de papeles. Era la mente maestra tras el imperio financiero Cavallo mientras Luc se encargaba de los proyectos de desarrollo. Él disfrutaba con el reto de crear nuevos productos pero era Leo quien los había hecho ricos.

—Hola, no esperaba verte hoy.

Se veían formalmente dos veces al mes y era habitual que comieran juntos un par de veces por semana, pero Luc no solía ir a su despacho.

Luc se acercó a la ventana. Nunca se cansaría de admirar el hermoso cielo de Atlanta…

—¿Qué planes tienes para el día 14 de mayo? —le preguntó.

Leo apartó la mirada de la pantalla del ordenador.

—No tengo ningún plan. ¿Por qué?

—He pensado que te gustaría ser mi padrino.

—Lo dirás de broma, ¿no?

—La vida te da sorpresas.

Leo lo miró, pensativo.

—¿La conozco?

—Sí, la conoces.

—¿Y desde cuándo la conoces tú?

—Desde hace años.

—¿Y acabas de descubrir que estás enamorado de ella?

—Un hombre no tiene que estar enamorado para desear a una mujer.

—Entonces, solo te gusta físicamente.

—Nos estamos yendo por las ramas —dijo Luc. —Te he preguntado si quieres ser mi padrino y con un sí o un no me basta.

—Deja de ser tan misterioso. ¿Quién es ella? ¿Voy a conocerla antes de la boda?

—Aún no lo he decidido porque no quiero estropear las cosas… pero prométeme que estarás el día catorce, con esmoquin.

Leo se levantó del sillón.

—No me gusta nada cómo suena eso. Y cuando todo se vaya al infierno no me vengas llorando. Tu libido es muy mala empresaria —le advirtió. —Sé inteligente, Luc. Tal vez no merezca la pena.

Luc entendía la cautela de su hermano. Lo que Leo no sabía, sin

embargo, era que él tenía un plan. No quería vengarse, ésa era una palabra demasiado fuerte para lo que tenía en mente. No odiaba a Hattie Parker, al contrario. Solo quería que entendiera que aunque seguía encontrándola sexualmente atractiva, era completamente inmune a sus encantos.

Ya no era el chico que había estado loco por ella. Esta vez, él tenía el poder. Hattie lo necesitaba y eso significaba que la tendría en su casa, en su cama, bajo su control. La cuestión era sacar a Hattie Parker de su corazón para siempre.

Hattie estaba a punto de ponerse a gritar. Mudarse en cualquier momento era una tarea agotadora pero si, además, había que contar con un bebé de siete meses, el asunto era casi imposible. Por fin había conseguido que Deedee se durmiera la siesta y estaba envolviendo vasos en la cocina cuando sonó el móvil.

—¿Qué? —respondió, irritada.

—Nunca te había oído tan enfadada. Creo que me gusta.

—Perdona —se disculpó ella, frustrada. —¿Qué querías, Luc?

—Nada en particular. Llamaba para ver si tú necesitabas algo.

—Un trío de forzudos me vendría bien. Cuidar de una niña tan pequeña mientras haces una mudanza es agotador.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Tal vez —asintió Hattie.

Deedee era una niña muy buena pero cuidar de ella sola era muy difícil. Y para empeorar la situación, Eddie había empezado a enviarle mensajes amenazadores.

—Podría haber contratado a una empresa de mudanzas pero tú eres tan independiente que pensé que te enfadarías.

—Ya no tengo veinte años, Luc. Algunas batallas no merecen la pena.

Los dos se quedaron en silencio y Hattie miró el caos en la cocina, suspirando.

—¿Cuándo vamos a sentarnos a hablar?

—Mañana por la noche, si te parece bien. ¿A qué hora se duerme Deedee?

—Normalmente a las ocho, si tengo suerte.

—¿Y si voy a tu casa a las ocho? Podría llevar la cena —sugirió Luc.

Deedee se durmió antes de las ocho y Hattie encontró en el armario una blusa que había comprado en las rebajas de Bloomingdale’s. La pálida seda de color melocotón era perfecta para

una tarde de primavera y combinada con unos vaqueros gastados tenía un aire elegante pero informal… aunque no estaba intentando impresionar a Luc. Desgraciadamente, él apareció con diez minutos de adelanto y tuvo que abrir la puerta descalza.

—No pareces agotada —le dijo, con un brillo de masculina admiración en sus ojos.

—Gracias. Hoy ha sido un día más tranquilo, tal vez porque la empresa de mudanzas que contrataste prometió estar aquí a primera hora de la mañana.

Mientras ella cerraba la puerta, Luc miró alrededor.

—No te ofendas, pero no veo por qué tienes que guardar en cajas todas estas cosas. Dile a los de la mudanza que se las entreguen a alguna organización benéfica y llévate solo las cosas que tengan un valor sentimental para ti.

Hattie se mordió los labios. No sabía que iba a salir el tema, pero debía aprovechar la oportunidad.

—La cuestión es… —empezó a decir.

—¿Qué? —Luc tiró sobre el sofá la bolsa de viaje que llevaba y dejó en el suelo una bolsa de supermercado donde debía llevar la cena. —¿Hay algún problema?

Hattie cambió el peso de un pie a otro. Luc llevaba un elegante traje de chaqueta italiano y ella se sentía como una pariente pobre a su lado.

—Nuestro matrimonio no durará para siempre y creo que sería prudente conservar algo para el futuro.

Luc rozó el viejo sofá con la punta de su zapato italiano.

—Cuando eso ocurra, no dejaré que Deedee y tú viváis en un sitio tan pequeño. Tengo una reputación en esta ciudad, Hattie. La imagen lo es todo. Y vas a casarte con un hombre rico, te guste o no.

Estaba vengándose por lo que había ocurrido en el pasado, pensó. Entonces no había querido seguir con él porque su dinero y su poder la hacían sentir en desventaja y su madre le había enseñado a no dejar que un hombre tuviese poder sobre ella.

El hombre al que Hattie había llamado papá era en realidad su padrastro. Su madre había tenido una aventura con su jefe y cuando le dijo que estaba embarazada, él la despidió y no quiso volver a saber nada del asunto.

Hattie levantó la barbilla, orgullosa.

—No tenía nada que ver con el dinero —afirmó. —Bueno, no solo con el dinero. Mira tu vida, Luc. Eres el director de una empresa multimillonaria, yo soy profesora de instituto y siempre he vivido una vida muy sencilla…

—¿No debería sonar música de violines?

—Mira, déjalo —Hattie suspiró, irritada. —Ésta es una discusión demasiado antigua.

Luc se encogió de hombros mientras tomaba la bolsa de viaje.

—La cena estará lista en diez minutos. ¿Te importa si me cambio de ropa? He venido directamente de la oficina.

—La niña está dormida en mi habitación, pero el baño es todo tuyo. Yo pondré la mesa.

Estaba poniendo los platos en la mesa cuando sonó el timbre y al acercarse a la mirilla vio que era… Eddie.

En cuanto abrió la puerta notó que olía a alcohol y que apenas podía tenerse en pie.

—¿Dónde está mi hija? Quiero verla.

—Está durmiendo —respondió Hattie. —Los niños duermen a esta hora de la noche. ¿Por qué no me llamas por la mañana y hablaremos entonces?

Cuando iba a cerrar la puerta, Eddie se lo impidió.

—Podría llamar a la policía para decirles que has secuestrado a mi hija.

Era una amenaza absurda y ambos lo sabían. Hattie ya había consultado con un abogado y, además, una enfermera del hospital había escuchado la petición de Angela antes de morir. Sin embargo, no quería que aquello se convirtiera en una pelea con Deedee como premio.

—Vete, Eddie —le pidió. —No es buen momento. Hablaremos mañana.

Pero él la tomó por los hombros.

—De eso nada —le espetó, empujándola violentamente contra la pared.

De repente, Luc apareció en el pasillo y agarró al intruso por el cuello. El rostro de Eddie se volvió de un alarmante color morado…

—Llama a la policía, Hattie.

—Pero no quiero…

—Es lo que debemos hacer. No te preocupes, no voy a dejarte sola con este canalla.

Hattie llamó a la policía, pero antes de que llegaran Luc empujó a Eddie contra la puerta.

—Si vuelvo a verte cerca de mi prometida, te parto la cabeza. ¿Lo entiendes?

Eddie estaba tan borracho que no parecía ver el peligro.

—¿Prometida? Venga ya. ¿Dónde está el anillo de compromiso?

—Lo llevo en el bolsillo. Iba a darle una sorpresa pero un imbécil se ha encargado de estropearnos la noche.

La conversación terminó abruptamente cuando llegaron los agentes, que se llevaron a Eddie esposado después de tomarles

declaración.

Hattie se dejó caer sobre una silla, con las piernas temblorosas. Afortunadamente, Deedee no se había despertado con el ruido.

Luc se puso en cuclillas a su lado, mirándola con cara de preocupación.

—¿Te ha hecho daño?

—No, estoy bien. Solo necesito tomar una aspirina y dormir unas cuantas horas.

—No te muevas —dijo él.

Después de llevarle una aspirina y un vaso de agua, metió un par de hielos dentro de un paño de cocina y se lo puso sobre la frente.

—Sujétalo ahí —le dijo. —Descansa, yo prepararé la cena.

Unos minutos después volvía a su lado, pero Hattie tuvo que apoyarse en el hombro de Luc cuando intentó levantarse.

—Yo te daré la cena.

—No digas tonterías. Puedo comer sola… —protestó Hattie.

—No tienes que discutir por todo. Venga, abre la boca —Luc le dio pequeñas porciones de pollo al curry y Hattie protestó de nuevo cuando un poco de salsa cayó sobre el sofá.

—Mira lo que has hecho.

—No importa, cualquier mancha sirve para mejorar esta monstruosidad.

Hattie miró el sofá y, de repente, los dos empezaron a reír. Se había preguntado miles de veces si había hecho bien al romper la relación. Había sido gratificante establecer su carrera de profesora y depender de sí misma; su madre había estado orgullosa de su independencia y su éxito.

¿Pero a qué precio?

Cuando terminaron de cenar, ninguno de los dos parecía saber qué decir y Luc tomó los platos para llevarlos a la cocina.

—No te muevas. Tienes que cuidar de Deedee por la mañana, así que lo mejor será que descanses todo lo que puedas.

Hattie se quedó en el sofá, pensando en cómo había cambiado su vida. Dos meses antes era una chica normal, una profesora de instituto con un agradable círculo de amigos. Ahora era la madrastra de una niña de siete meses intentando combatir un tsunami de emociones por el hombre que una vez había sido su otra mitad, su alma gemela. Era lógico que se sintiera abrumada.

Se incorporó para ayudar a Luc en la cocina, pero al hacerlo sintió una oleada de náuseas.

—Tal vez deberíamos ir al hospital —sugirió él.

—Estoy bien —Hattie sabía que no parecía muy convencida, pero no era fácil mostrarse estoica con un dolor de cabeza

gigantesco.

Luc se puso en jarras, el polo azul que llevaba se le ajustaba a los hombros.

—Dormiré aquí esta noche.

Capítulo 4

Hattie lo miró boquiabierta.

—No hace falta que te quedes.

—Tenemos que pensar en Deedee —insistió él. —Seguramente tú no descansarás bien esta noche y necesitarás que alguien te eche una mano mañana con la mudanza.

Hattie no sabía qué decir. Tener a Luc en su apartamento era inquietante, pero el encuentro con Eddie la había asustado.

De modo que, por fin, se encogió de hombros.

—Iré a buscar unas sábanas.

Cuando volvió al salón unos minutos después, Luc estaba hablando por el móvil con Ana para decirle que no iría a casa esa noche. La emocionaba que fuese tan considerado con sus empleados.

Lo que la había atraído de él desde el principio era su amabilidad y su sentido del humor. Tristemente, ahora él mantenía una distancia que no había existido antes.

Hattie empezó a hacer la cama en el sofá pero se detuvo en cuanto Luc cortó la comunicación.

—Vete a la cama, Hattie. Eso puedo hacerlo yo.

—Buenas noches entonces.

—Espera un momento… ¿puedo verla?

—¿A Deedee?

—Sí, claro.

Luc apoyó las manos en los barrotes de la cuna para mirar a la niña, que dormía plácidamente, y Hattie tuvo que disimular su emoción. Si las cosas hubieran sido diferentes diez años antes, aquella escena podría haber sido otra…

Podrían ser una pareja, Luc y ella, metiendo a su hija en la cuna antes de irse a dormir.

—No merece lo que le está pasando —murmuró él.

Hattie sacudió la cabeza.

—No, claro que no. Y no puedo dejar que Eddie se la lleve. Es tan inocente…

Luc se volvió.

—No dejaremos que le pase nada, Hattie. Te doy mi palabra.

Y después de decir eso salió de la habitación.

Hattie se puso el camisón y la bata. Normalmente dormía en braguitas y sujetador pero con Luc en la casa necesitaba una

armadura.

Antes de entrar en el baño recordó que había olvidado darle a Luc lo más básico y, tomando un cepillo de dientes nuevo del armarito, volvió al salón.

—Se me había olvidado. Hay pasta de dientes en el baño y si quieres afeitarte por la mañana…

Hattie no terminó la frase. Luc estaba ante ella, con unos calzoncillos grises que no dejaban nada a la imaginación. Seguía estando en forma y, tontamente, deseó pasar la mano por el vello oscuro de su torso para ver si seguía siendo tan suave como recordaba.

Sus piernas, largas y musculosas, terminaban en…

Hattie tragó saliva. Pero mientras miraba, fascinada, vio que bajo el calzoncillo su erección aumentaba de tamaño. No podía moverse y Luc no parecía avergonzado.

—Gracias por el cepillo de dientes —le dijo, con una sonrisa en los labios.

—De nada —murmuró Hattie.

Pero no se movió. Recordaba con dolorosa claridad cómo era que la abrazase, estar aplastada contra ese magnífico torso, sentir sus brazos alrededor, experimentar la dura evidencia de su deseo empujando contra su abdomen.

—¿Te gusta lo que ves?

Hattie carraspeó para aclararse la garganta. Sus miembros parecían pesar una tonelada. Estaba paralizada, atrapada entre amargos recuerdos del pasado y la certeza de que Luc Cavallo seguía siendo el hombre que podía hacerla suspirar de placer.

—Respóndeme —dijo él, con voz ronca. —Si vas a seguir mirándome así, voy a tener que aceptar la invitación.

Hattie abrió los labios, pero de su garganta no salió ningún sonido.

—Ven aquí —dijo Luc entonces.

Se mostraba absolutamente seguro de sí mismo mientras le sujetaba la cabeza para buscarle la boca, su lengua invadiéndola, dominante, exigente.

Hattie temblaba de arriba abajo, apenas era capaz de permanecer en pie. Y Luc seguía besándola, murmurando algo que no podía entender…

Sin pensar, le enredó los brazos en la cintura y le devolvió el beso. Pero cuando Luc le rozó por accidente el chichón en la cabeza, Hattie dio un respingo.

De inmediato, él se apartó, murmurando una palabrota.

—Maldita sea… vete a la cama, Hattie.

Si hubiera sido una heroína victoriana se habría desmayado.

Pero ella era una chica dura, de modo que, murmurando un estrangulado buenas noches, salió del cuarto de baño.

Horas después Hattie abrió los ojos. Había dormido como un tronco. Miró el despertador y se le detuvo el corazón. Eran las nueve de la mañana.

Deedee… la niña debía haber despertado a las siete.

Hattie saltó de la cama, a punto de tropezar con las sábanas…

Pero la cuna estaba vacía. Asustada, miró alrededor… y entonces su cerebro embotado empezó a funcionar.

Luc.

Los recuerdos del beso de la noche anterior hicieron que sus pezones despertasen a la vida. Sin pensar, se llevó un dedo a los labios. Diez años era una vida entera para esperar algo que había sido a la vez tan terrible y tan maravilloso.

Cuando abrió la puerta del dormitorio oyó un balbuceo infantil en la cocina. Luc estaba haciendo el desayuno mientras Deedee jugaba en su moisés.

—Buenos días.

La niña lanzó un grito de alegría, alargando los bracitos hacia ella.

—Le he dado un biberón —dijo Luc. —Pero no quería darle nada más hasta que despertaras —hablaba con voz ronca, como si le costase trabajo.

Hattie sacó a Deedee del moisés, sorprendida de que Luc le hubiera dado el biberón. Nunca lo había visto con niños y le sorprendía que se mostrase tan tranquilo, especialmente cuando ella sabía lo difícil que podía ser un bebé.

—Estoy haciendo huevos revueltos con beicon, espero que te gusten.

—Sí, claro, gracias.

—Los de la mudanza llegarán dentro de poco así que deberías cambiarte de ropa. Yo me encargo de Deedee.

Hattie volvió a dejar a la niña en el moisés, percatándose entonces de que había entrado en la cocina sin ponerse la bata. Y la tela semitransparente del camisón revelaba demasiado…

Pero entonces vio los documentos que había sobre la mesa.

—Lo siento, Luc. Con todo lo que pasó anoche no tuvimos tiempo de nada.

Él metió dos rodajas de pan en el tostador.

—No importa, lo haremos más tarde.

Hattie estaba deseando volver a su habitación pero se sentía inquieta al pensar que la había visto dormida sin que ella lo

supiera. Aunque habían hecho el amor muchas veces cuando eran más jóvenes, solo en un par de ocasiones habían tenido el lujo de pasar la noche juntos.

—Gracias por atender a Deedee. No puedo creer que no la haya oído llorar.

Él se encogió de hombros.

—Yo suelo levantarme temprano. Además, es una niña muy buena.

Hattie hizo una mueca.

—No la has visto cuando le da una pataleta. Tiene pulmones de soprano.

Luc se volvió.

—Deedee tiene suerte de que te hayas hecho cargo de ella.

—Gracias.

Hattie se sintió incómoda. Al pedirle ayuda le había dado sin querer el poder que se había negado a darle a otros hombres o a él mismo cuando estaban juntos. Y, aunque ahora lo lamentase, la situación escapaba a su control.

Todas sus pertenencias estaban metidas en cajas y bolsas y el apartamento vacío a las 12:30. Lo único que quedaba por hacer era devolverle la llave al casero y seguir a Luc en su coche. Pero eso, aparentemente, era un problema.

—¿Por qué quieres ir en tu coche?

—No pienso dejarlo aquí.

Luc se encogió de hombros, con expresión resignada.

—Muy bien, entonces nos veremos en mi casa.

Era una pequeña victoria, pero hizo que Hattie se sintiera un poco mejor. Luc tenía la costumbre de hacerse cargo de todo y a ella no le gustaba sentirse como una damisela en apuros. Le había pedido ayuda, sí, pero eso no significaba que quisiera depender absolutamente de él.

De modo que después de colocar a Deedee en su vieja sillita de seguridad, se sentó tras el volante rezando para que el coche arrancase. Que no lo hiciera sería una indignidad insoportable.

Mientras la pequeña caravana se ponía en marcha, Hattie miró por el espejo retrovisor para despedirse de su antigua vida, sintiendo a la vez alivio y tristeza.

¿Le había vendido su alma al diablo?, se preguntaba.

Solo el tiempo lo diría.

Luc experimentó una punzada de satisfacción cuando Hattie

entró en su casa. Era algo primitivo pero Hattie iba a él por propia voluntad y estaba bajo su techo… llevando su anillo.

Diez años antes había dejado que su orgullo le impidiera intentar recuperarla. Pero ahora todo era diferente, ahora él tenía el poder.

La atracción entre ellos seguía ahí. Él la sentía y sabía que Hattie la sentía también. Pronto se volvería hacia él por gratitud, por soledad, por deseo. Y entonces sería suya. Había esperado mucho tiempo para eso y nadie podría reprochárselo.

Al fin y al cabo, le estaba dando a Hattie y a su sobrina un hogar seguro. Si conseguía su libra de carne en el proceso… era lo más justo. Hattie se lo debía.

Las dejó para que se instalasen, con la ayuda de Sherman y Ana y, después de cambiarse de ropa fue a su oficina para concentrarse en el trabajo que se había acumulado en su escritorio.

Pero la concentración se le escapaba. Estaba deseando volver a casa para ver a Hattie jugando con la niña…

La llamó al móvil mientras volvía por la tarde.

—Hola, Luc.

—Ana se ha ofrecido a cuidar de Deedee esta noche. He pensado que podríamos salir a cenar y hablar de negocios.

¿Negocios? Luc hizo una mueca. No había querido que sonara tan frío.

—Bien. Llegaré en veinte minutos.

Solo era una cena, pensó. Con una mujer que ya lo había rechazado una vez. Entonces, ¿por qué tenía el corazón acelerado?

Desgraciadamente para Hattie, tenía que usar el vestido negro una vez más. Y no le apetecía ponerse el collar de Luc para una cena de «negocios». De modo que se puso un pañuelo de color naranja al cuello y un par de aros dorados en las orejas.

Estaba lista y esperándolo en el vestíbulo cuando llegó.

—¿Dónde está la niña?

—Durmiendo, afortunadamente. Esta tarde no ha dormido la siesta, supongo que porque está en un sitio que no conoce.

—En ese caso, ya podemos irnos.

El restaurante era muy elegante y, sin embargo, nada pretencioso. El sumiller charló un momento con Luc antes de llevarles una botella de vino que Luc aprobó de inmediato.

Disfrutaron de una cena tranquila, hablando de cosas sin importancia y después, Luc sacó unos papeles de un sobre que llevaba en el bolsillo.

—Mis abogados han redactado estos documentos pero puedes

pedirle a tu abogado que los revise. Sé por experiencia que a veces esos legajos son indescifrables.

Hattie miró los papeles.

—Hay una persona que está ayudándome con los documentos de solicitud de custodia… —murmuró mientras los leía por encima. Pero entonces lo miró, sorprendida. —Aquí dice que cuando el matrimonio se disuelva, tendré derecho a recibir 500,000 dólares.

—¿No te parece justo?

—Me parece absurdo. Yo no quiero dinero, Luc, no me debes nada. Al contrario, vas a hacerme un enorme favor. Reserva una cantidad de dinero para la educación de Deedee si quieres, pero yo no quiero un céntimo.

—Lo siento, pero no voy a hacerlo.

Hattie frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Me has echado en cara mi dinero desde que te conozco y ahora lo usas para proteger a una persona a la que quieres. Muy bien, no tengo ningún problema con eso, pero no pienso dejarte en la calle —dijo Luc.

Ella se mordió los labios, sorprendida. Luc Cavallo era un hombre orgulloso. Tal vez hasta ese momento no había entendido cuánto. Estaba segura de que su corazón se había curado después de que rompiera con él pero quizá el golpe a su orgullo había sido más fuerte.

Y estaba en deuda con él, pensó. Era lo mínimo que podía hacer después de haberlo tratado tan mal en el pasado. Luc era un hombre honorable y eso no había cambiado con el paso del tiempo, de modo que sacó un bolígrafo del bolso y tomó el documento con intención de firmarlo.

Pero Luc le sujetó la mano.

—¿Estás segura? ¿No quieres que alguien lo revise?

—Estoy segura —respondió ella.

Él le soltó la mano y la observó mientras firmaba una página detrás de otra.

—¿Ya está?

—Hay un par de cosas que me gustaría discutir contigo, pero prefiero que lo hagamos en privado. Estaremos más cómodos en casa.

Unos minutos después salían del restaurante y Hattie contuvo el aliento cuando le puso una mano en la cintura. ¿Qué había querido decir con lo de «hacerlo en privado»? ¿Quería acostarse con ella?

Estaba segura de que acabaría ocurriendo, pero gradualmente, después de que se hubieran casado.

¿Quería ella acostarse con Luc, ser su mujer en todos los

sentidos? ¿Y esperaba que Luc le fuera fiel en un matrimonio de conveniencia?

No podía mentirse a sí misma: lo deseaba tanto como antes, pero intentó ganar tiempo cuando llegaron a casa.

—Quiero ver a Deedee y cambiarme de ropa. No tardaré mucho.

Luc dejó las llaves sobre la consola.

—Tómate el tiempo que quieras. Nos vemos en el cuarto de estar cuando hayas terminado.

Capítulo 5

En vaqueros y camiseta, Luc miraba la pantalla de la televisión, sin verla.

¿Se había vuelto loco? ¿Poder? Menuda fantasía. Estaba engañándose a sí mismo. Ningún hombre tenía el menor poder si le cedía la autoridad a la parte menos racional de su cuerpo.

Estar cerca de Hattie había hecho que tuviera que darse muchas duchas frías. Se decía a sí mismo que esa respuesta física no era más que una reacción a los recuerdos, a las sensuales imágenes de Hattie y él ardiendo entre las sábanas durante la época de la universidad.

Ella era virgen cuando se conocieron; una chica tímida y reservada de ojos enormes y cautelosa opinión sobre el mundo. Como si no creyera que las cosas pudieran ir bien.

Y le había dado vergüenza contarle cuántas chicas había habido antes que ella…

Un adolescente cachondo con dinero a su disposición era una combinación peligrosa. Durante la época del instituto, Luc había estado demasiado preocupado por ser el número uno en todos los deportes como para tomar drogas. Ni siquiera le interesaba el alcohol, un rito para casi todos a esa edad. Tal vez porque había crecido en una casa donde se bebía demasiado.

Pero el sexo… sí, de eso había tenido mucho. El dinero atraía a las chicas de dieciséis años, de modo que nunca estaba solo a menos que le apeteciera salir con sus amigos.

Pero cuando Hattie apareció en su vida, todo cambió. Ella era diferente. Su dinero no le interesaba en absoluto. Al principio, había pensado que su actitud podría ser una trampa para llamar su atención pero a medida que iban conociéndose se dio cuenta de que de verdad no le importaba.

Hattie esperaba que fuese considerado, atento. Quería que la conociera de verdad. Y eso era algo que no se podía comprar con dinero.

Pero fue mucho más tarde cuando entendió que el dinero era en realidad un obstáculo en el camino.

Un ruido lo hizo girar la cabeza. Hattie estaba en la puerta, su pelo rubio sujeto en una coleta y los pies descalzos. Iba vestida de manera informal, como él.

—¿Quieres más vino? —le preguntó. Tal vez la conversación sería más fácil si estaba relajada.

—No, gracias —respondió ella, sentándose al otro lado del sofá. —Prefiero beber agua.

Llevaba las uñas de los pies pintadas de color rosa y, no sabía por qué, eso lo excitó como nunca.

Luc se levantó para sacar dos botellas de Perrier de la nevera del bar y le ofreció una antes de entregarle un sobre blanco.

—Empezaremos por esto —le dijo. En el interior había tres tarjetas de crédito a nombre de Hattie Parker Cavallo.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

Luc se dejó caer de nuevo en el sofá.

—Necesitas un vestuario adecuado porque suelo acudir a eventos benéficos… y quiero que compres muebles nuevos para la habitación de la niña. Ana te enseñará la habitación que he elegido para Deedee. Si no te gusta, buscaremos otra.

Hattie negó con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Es que… siento como si te estuvieras haciendo cargo de mi vida. Como si hubiera perdido el control.

—Pensé que tu situación era urgente, que teníamos que hacerlo enseguida.

—Y así es —asintió ella— pero…

—¿No te parece bien el acuerdo?

—No, no es eso.

—Entonces no entiendo cuál es el problema.

Hattie se levantó para pasear por el cuarto de estar. De espaldas a él, Luc podía ver cómo los gastados vaqueros se ajustaban a su trasero. Un trasero estupendo, además. Haciendo un esfuerzo, apartó la mirada cuando Hattie se dio la vuelta.

—Yo estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

Luc tragó saliva.

—No tenemos que casarnos si no quieres. A mis abogados les gustaría enfrentarse con Eddie en los juzgados y no les costaría mucho convencer a un juez de que tú eres la persona adecuada para cuidar de Deedee —Luc hizo una pausa, arriesgándolo todo a una frase. —¿Eso es lo que quieres?

—Lo que quiero es que mi vida vuelva a ser la de antes.

Luc vio que una lágrima rodaba por su mejilla… su dolor le rompía el corazón. Ella no protestó cuando la tomó entre sus brazos ni cuando le quitó la goma de la coleta para acariciarle el pelo, con cuidado para no hacerle daño.

Parecía tan frágil, pero él sabía que no lo era. Hattie tenía una personalidad de hierro.

Los sollozos no duraron mucho y, aunque no era lo que quería, Luc la soltó para volver al sofá, tomando un trago de agua mientras

ella disimulaba mirando un cuadro en la pared. Era un Vermeer que había comprado en una subasta en Nueva York el año anterior. El oscuro retrato inmortalizaba a una joven inclinándose para abrocharse el zapatito. El juego de la luz sobre la figura fascinaba a Luc. Lo había comprado por capricho, pero pronto se había convertido en una de sus piezas favoritas.

Evidentemente, a veces se movía por impulsos, pensó. Por ejemplo, cuando aceptó aquel matrimonio de conveniencia. Pero, al final, sus impulsos eran casi siempre acertados.

—Te he hecho una pregunta, Hattie —dijo por fin, impaciente. —¿Quieres que nos casemos o no?

Ella se dio la vuelta, con los puños apretados.

—Si no lo hago, Eddie sabrá que he mentido y lo usará contra mí, de modo que no tengo alternativa.

Su actitud fatalista hirió el orgullo de Luc.

—Entonces lo haremos a mi manera. Y esta vez no podrás escapar, Hattie.

El sarcasmo la desanimó, pero estaba siendo injusta. Luc había hecho todo lo que le había pedido y más. No merecía sus críticas o su desconfianza. Y le debía más de lo que podía imaginar.

Pero que su cuerpo siguiera deseándolo complicaba las cosas.

Tragándose su aversión ante la idea de estar siendo comprada, Hattie volvió a sentarse e intentó sonreír.

—Tantas tarjetas de crédito son un peligro. ¿No deberíamos fijar un presupuesto?

—Te conozco muy bien, Hattie Parker, y dudo que vayas a dejarme en la ruina —Luc metió la mano en el bolsillo para sacar una cajita de terciopelo negro. —Sé que esto debería ser una sorpresa… y como estás de mal humor, tal vez debería devolverlo y dejar que lo eligieras tú.

Hattie tomó la cajita y abrió la tapa. Dentro había un solitario de diamantes. Era muy sencillo pero la piedra rectangular, que debía tener más de cuatro quilates, brillaba con todos los colores del arco iris.

—Es precioso —murmuró.

Luc no hizo intento de ponérselo y se dijo a sí misma que era lo mejor. Pero cuando se lo puso en el dedo, la piedra pareció adquirir vida propia.

—¿Quieres que lo cambie? No quiero que me acuses de controlar tu vida.

—No, me encanta —dijo ella. —Gracias, Luc.

Él se levantó.

—¿Quieres una boda religiosa?

—No es necesario.

—Mi familia tiene una isla privada en la costa, cerca de Savannah. Si te parece, podemos celebrar la ceremonia allí. ¿Necesitas una dama de honor?

—Me gustaría invitar a mi mejor amiga, Jodi, pero su marido es militar y lo trasladaron a Japón hace dos meses. Y como mi hermana ha muerto…

—No te preocupes, seguro que Ana querrá ayudarte.

Era lo más lógico y, en realidad, la única opción en esas circunstancias.

—Se lo preguntaré mañana.

—Tendremos que irnos de luna de miel —dijo Luc, inclinándose para echar un tronco en la chimenea.

—¿Por qué?

—No podemos arriesgarnos a que alguien diga que la boda no es real.

—Pero…

—Sabía que protestarías pero de verdad creo que deberíamos irnos durante al menos una semana. La sobrina de Ana está estudiando Educación Infantil. He hablado con ella y está dispuesta a quedarse con Deedee mientras nosotros nos vamos de viaje.

Hattie se mordió los labios. En realidad tenía sentido, pero le daba miedo.

—Parece que has pensado en todo.

Luc se encogió de hombros.

—En cuanto al vestido de novia, el banquete y todo lo demás, te lo dejo a ti. Tengo un buen amigo que es juez de paz y está dispuesto a ir a la isla para oficiar la ceremonia.

—¿Quién va a ser tu padrino?

—Leo.

—¿Y él sabe de mí y de Deedee?

—Le he contado que voy a casarme, pero nada más.

—¿Tú crees que irá?

—Leo estará allí, pero él cree que éste es un matrimonio normal. Tú y yo seremos los únicos que saben la verdad.

—¿Le has mentido a tu hermano?

—Le explicaré la situación más tarde.

—¿Y tu abuelo?

—Vendrá en otoño por su cumpleaños, pero no quiero que tenga que viajar ahora.

Hattie asintió con la cabeza.

—No sé si Leo se acordará de mí.

Luc sonrió.

—Mi hermano nunca olvida a una mujer guapa, te lo aseguro. Cuando volvamos de nuestra luna de miel cenaremos juntos y podréis recordar los viejos tiempos.

Hattie hizo una mueca. Seguramente a Leo no le caía muy bien después de haber dejado a su hermano en la universidad.

—¿Cuándo vamos a hacerlo?

—El día 14 de mayo me viene bien. Tengo una semana libre a partir de entonces. ¿Te apetece ir a algún sitio especial?

—Me da igual. Puedes elegir tú.

—He pensado que Key West estaría bien. Una lujosa villa en la playa con piscina privada…

—Sí, bueno… suena bien —asintió Hattie.

¿Por qué de repente tuvo una visión de ellos dos desnudos… acariciándose a la luz de la luna?

Por favor. Solo faltaban dos semanas y media para el 14 de mayo. Aquello iba a pasar, era real. Iba a casarse con Luc Cavallo.

Y había algo que debían aclarar lo antes posible; Luc era un hombre y, seguramente, pensaría que el sexo formaba parte del trato.

Él volvió a sentarse en el sofá, esta vez tan cerca que sus piernas se rozaban.

—¿En qué piensas?

—Esta noche, mientras cenábamos, he tenido la sensación de que querías hablar… de sexo. Imagino que querrás cumplir con los votos matrimoniales para que nadie pueda cuestionar nuestra boda…

El rostro de Luc se ensombreció. Estaba enfadado pero Hattie no sabía por qué.

—Estoy intentando decirte que me parece bien.

—¿Qué te parece bien?

Ella carraspeó, incómoda.

—Entiendo que lo más lógico es que mantengamos relaciones mientras estemos juntos. Y estoy dispuesta a hacerlo, eso es lo que quería decir.

Luc sonrió.

—Aunque me siento profundamente emocionado por tu deseo de sacrificarte, no necesito que lo hagas.

—No te entiendo.

—Es muy sencillo, Hattie. Me parece degradante intercambiar placer físico por dinero.

Ella tragó saliva.

—Sigo sin entenderte.

—El sexo no tiene nada que ver con este acuerdo. Si terminamos juntos en la cama, será porque los dos queremos. Me

siento atraído por ti como me sentiría atraído por cualquier mujer guapa y tengo los deseos normales de un hombre, pero tú tendrás que venir a mí. Tu cuerpo no es parte del trato.

Hattie tuvo que apartar la mirada. Estaba claro que quería demostrar quién tenía el poder.

Y lo que la asustaba, más que estar a su merced, era saber que no podría resistirse a la tentación.

Capítulo 6

Los días pasaban a toda velocidad mientras Hattie se ocupaba amueblando la habitación de Deedee y buscando un vestido adecuado con el que convertirse en la señora de Luc Cavallo.

Después de la bochornosa escena en el cuarto de estar apenas lo había visto. Luc se había ido a Milán para asistir a una conferencia y cuando volvió a Atlanta trabajaba hasta muy tarde, seguramente para poder irse de luna de miel. Pero nadie en su oficina sabía nada sobre su inminente boda.

Deedee estaba feliz. No habían vuelto a saber nada de Eddie y, aparentemente, todo era normal… o tan normal como podía serlo en aquella situación.

Sherman y Ana adoraban a la niña y la mimaban con juguetes y atenciones. Hattie disfrutaba siendo parte de ese círculo. No había conocido a sus abuelos y relacionarse con ellos la ayudaba a sanar un agujero emocional en su corazón. Le daría pena cuando su matrimonio con Luc terminase, pero no quería pensar en ello por el momento.

Solo faltaban cuatro días para la boda cuando llegaron los problemas. Y en aquella ocasión no fue Eddie.

Un día, sonó el timbre y Hattie abrió la puerta porque Sherman estaba fuera lavando el coche y Ana en la cocina, haciendo la cena.

Y el hombre que estaba al otro lado le resultaba muy familiar.

—Hola, Leo —lo saludó. —Entra, por favor.

—Vaya. ¿Haciendo de señora de la casa?

Hattie pasó por alto el sarcasmo. Evidentemente, se acordaba de ella.

—Luc no está en casa. Leo se cruzó de brazos.

—He venido a verte a ti.

Era un hombre físicamente imponente y en la universidad había tonteado con ella. Nada serio, solo para enfadar a su hermano. Pero su expresión en aquel momento no era en absoluto amistosa.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía, pero me olía algo. Mi hermano actúa de una forma muy extraña últimamente y ahora entiendo por qué.

Ana apareció entonces por el pasillo, secándose las manos con un paño de cocina.

—Señor Cavallo, qué alegría verlo —lo saludó, volviéndose luego hacia Hattie. —Si quieren salir al patio, les sacaré un

aperitivo ahora mismo.

Leo sonrió.

—Buena idea, Ana. He estado corriendo de un lado a otro todo el día y me he saltado el almuerzo.

Hattie sentía sus ojos clavados en la espalda mientras lo precedía. No había esperado una calurosa bienvenida por parte del hermano de Luc, pero tampoco había anticipado tanta beligerancia.

Se sentaron bajo una sombrilla y, poco después, Ana les llevó una bandeja con café y sándwiches.

—Voy a poner el monitor en la cocina, por si Deedee despierta.

—Muchas gracias, Ana.

Leo miró a Hattie con cara de sorpresa pero esperó hasta que se quedaron solos para decir:

—¿Luc se ha convertido en padre?

—No, no —se apresuró a decir ella. —¿No te ha contado nada sobre mi situación?

—No me ha contado nada. Solo me ha dicho que vaya a la isla el día 14 con un esmoquin.

—Ah, ya.

—Tal vez tú serías tan amable de explicarme qué está pasando aquí.

Hattie le hizo un resumen de la situación.

—Pero creo que hasta que los abogados solucionen el asunto de la custodia, lo mejor es que sepas lo menos posible.

Leo tomó un sándwich, mirándola fijamente.

—Luc sabe que puedo mantener la boca cerrada, pero también sabe que habría intentado convencerlo para que no hiciera ninguna tontería.

A Hattie se le encogió el corazón. Los dos hermanos se llevaban muy bien. ¿Podría leo convencer a Luc para que no se casara con ella?

—Si te preocupa su dinero, o la empresa, no tienes por qué preocuparte. Ya he firmado un acuerdo de separación de bienes.

Leo soltó un bufido.

—Ya sé que no eres una buscavidas.

—¿Entonces por qué te preocupa?

Él se inclinó un poco para mirarla a los ojos.

—Hace diez años destrozaste a mi hermano. Dejaste que se enamorase de ti y cuando te propuso matrimonio, la primera y única vez que ha hecho eso en toda su vida, le dijiste que no. Un hombre tiene su orgullo, Hattie, y tú dejaste que las cosas llegaran demasiado lejos. Si no estabas dispuesta a casarte, ¿por qué dejaste que pensara que había un futuro para vosotros?

—Porque lo amaba. Lo amaba de verdad.

—No me lo creo. Una mujer enamorada no le da la espalda a su amante.

—Lo nuestro no habría funcionado. Yo no era la persona adecuada para él… hice lo que me pareció mejor para los dos.

—¿Entonces cómo explicas esto? —le preguntó Leo señalando alrededor. —Parece que estás disfrutando de su casa y de sus empleados.

—Todo esto es temporal.

—¿Y Luc lo sabe?

—Pues claro que sí —respondió Hattie. —Cuando haya pasado algún tiempo nos separaremos discretamente y yo criaré sola a Deedee.

—¿Y qué pasará cuando mi hermano se encariñe con la niña? ¿Volverás a romperle el corazón?

—Eso no va a ocurrir.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Leo. —¿Y cómo sabes que Luc no volverá a enamorarse de ti?

Ella rio entonces, era una risa amarga.

—Te aseguro que no hay ninguna posibilidad. Luc me está ayudando porque es una buena persona pero ha dejado bien claro que esto es solo un acuerdo temporal.

—¿Y tú lo has creído?

—¿Por qué iba a mentir?

—Tal vez para protegerse.

—¿De qué?

—De quién —dijo Leo entonces. —De ti, Hattie. Un hombre nunca olvida a su primer amor. ¿Por qué si no iba a poner su vida patas arriba?

—Yo creo que, en cierto modo, es una pequeña venganza para Luc. Sé que le hice daño y ésta es su oportunidad de vengarse haciendo que me enamore de él.

—¿Ah, sí?

—Ha dejado bien claro que no siente nada por mí.

Leo sacudió la cabeza.

—Tú no sabes nada sobre los hombres, cariño. Y si eso es lo que Luc te ha dicho, se está engañando a sí mismo. O tal vez esté intentando cubrirse las espaldas.

Hattie reflexionaba sobre las palabras de Leo mucho después de que se hubiera ido, avergonzada y un poco esperanzada también.

Estaba en la cama, jugando con Deedee cuando Luc volvió a casa. Parecía cansado y, no por primera vez, lamentó haber tenido que pedirle aquel inmenso favor. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Luc se sentó en una esquina de la cama, sonriendo a Deedee, que alargaba los bracitos hacia él.

—Hola, pequeñaja —la saludó, tomándola en brazos y lanzándola al aire. —¿Qué travesuras has hecho hoy?

Deedee lanzó una carcajada infantil, sus mejillas regordetas estaban rojas de felicidad.

—Le gustas mucho —dijo Hattie, con el corazón encogido.

—El sentimiento es mutuo.

Hattie recordó entonces las palabras de Leo. No había considerado la posibilidad de hacer sufrir a Luc de nuevo pero si se encariñaba con Deedee…

Maldito fuera Leo por hacerla dudar.

—¿Qué tal el día?

—Bien. Han traído los muebles para la habitación de la niña esta mañana y Deedee ya ha dormido en su nueva cuna.

—Muy bien —murmuró él. —¿Estás preparada para el fin de semana? ¿Necesitas algo?

—No, ya lo tengo todo. Ana ha estado ayudándome.

—¿Y el vestido?

—Ayer, por fin, encontré lo que quería. Espero que sea apropiado.

—Seguro que sí.

Hattie suspiró.

—Leo ha pasado por aquí esta mañana.

Luc la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quería mi hermano?

—Aparentemente, se te había olvidado decirle que ibas a casarte conmigo. Y no le ha hecho gracia.

Él se encogió de hombros.

—Yo no tomo decisiones basándome en lo que le guste o no le guste a mi hermano. Si no quiere ir a la boda, Sherman hará de padrino.

—No seas tonto, Leo te quiere mucho.

—Leo cree que por llevarme catorce meses tiene derecho a dirigir mi vida.

—Yo creo que deberías llamarlo por teléfono.

—No hace falta, lo veré mañana.

—Muy bien, sé todo lo arrogante que quieras. Me da igual —replicó Hattie.

Luc se levantó entonces, mirándola con una expresión que no pudo descifrar.

—Sherman y Ana tienen la noche libre.

—Sí, lo sé. ¿Quieres que prepare algo de cena?

—No, había pensado que podríamos merendar con la niña en el

parque Piedmont.

—Es un poco tarde, ¿no?

—No le irá mal acostarse tarde por una vez.

—Bueno, pero tengo que cambiarme de ropa.

Luc miró la camiseta amarilla y los pantalones cortos de color caqui.

—Estás bien así. Venga, vamos, estoy muerto de hambre.

Luc tenía un garaje lleno de coches para cada ocasión y aquel día eligió un Cadillac deportivo. Él mismo colocó la sillita de seguridad y, de camino, llamó a su restaurante chino favorito. Diez minutos después, un empleado sacaba tres bolsas a la puerta. El joven sonrió cuando Luc le dio un billete de cien y le dijo que se quedase el cambio.

En Atlanta había muchos sitios bonitos para merendar o cenar al aire libre pero el parque Piedmont le traía demasiados recuerdos. ¿Habría elegido Luc aquel sitio a propósito?

Mientras sacaba a Deedee del asiento, Luc tomó la bolsa con la comida y una manta. Era una perfecta tarde de primavera y el parque estaba lleno de gente. Después de pasear unos minutos encontraron un sitio en el que no había niños correteando con pelotas de fútbol.

Deedee había comido ya, de modo que Hattie la dejó en su sillita sobre la hierba mientras Luc colocaba la manta.

—Esto tiene una pinta estupenda —le dijo, tomando un rollito de primavera.

—Y un par de kilos no te vendrían mal, estás muy delgada.

La intimidad que había en su tono la pilló desprevenida. ¿A qué estaba jugando?

Comieron en silencio, mirando alrededor. Hattie recordaba con nostalgia sus días de universidad, cuando se tumbaban en el parque del campus y Luc le acariciaba el pelo…

—Me han llamado mis abogados —dijo Luc. —Han hablado con los de Eddie y parece que tu cuñado intentará convencer al juez de que era tu hermana quien conducía esa noche. Según él, estaba conmocionado por el impacto y por eso se marchó del lugar del accidente.

Hattie apretó los puños.

—Qué canalla. Por favor, dime que nadie se lo va a creer.

Luc apoyó una rodilla en la manta.

—El informe de la policía es muy claro pero eso no significa que el caso se vaya a cerrar. No sé cuánto les está pagando pero creo que a sus abogados no les preocupa para nada que cometa perjurio.

Hattie estaba atónita. ¿Desde cuándo podía un hombre matar a tres seres humanos por conducir borracho y no acabar en la cárcel?

—No te preocupes —dijo Luc entonces. —La cuestión es alejar a Eddie de la niña. Algunos jueces le dan la custodia a los padres biológicos de manera automática pero si tenemos que ir a juicio, y es posible que no sea así, llevaremos pruebas de que Eddie sería un peligro para su hija.

Hattie sintió un escalofrío.

—Espero que tengas razón. Pero sé que hay jueces que se dejan comprar.

Unos minutos después, la sorprendió quedándose dormido. Y, mientras lo miraba, Hattie aceptó una verdad irremediable: que sería peligrosamente fácil enamorarse de él otra vez. Los pocos hombres con los que había salido en serio en los últimos diez años eran sombras comparados con Luc.

Sin pensar, alargó una mano para tocarle el pelo. Era suave, tanto como recordaba, y ondulado, aunque Luc lo odiaba. Normalmente lo llevaba corto pero tal vez había estado muy ocupado porque empezaba a rizarse en las puntas, como cuando eran jóvenes…

Le gustaría tumbarse a su lado, sentir su poderoso cuerpo sobre ella. Y ocurriría, era inevitable porque no era capaz de controlar el deseo que sentía por él. Había estado allí siempre, durmiendo, esperando ser resucitado.

Y daba igual que sufriera cuando terminase el matrimonio, la tentación de ser la amante de Luc Cavallo una vez más era irresistible.

Capítulo 7

La mañana del día catorce de mayo amaneció soleada y cálida. Toda la casa se levantó al amanecer y Ana le llevó el desayuno a la habitación: café, tostadas con jamón y medio pomelo.

Hattie, que llevaba un rato despierta, se apartó el pelo de la cara.

—No tenías por qué traerme el desayuno.

Ana se sentó al borde de la cama.

—Una mujer merece un tratamiento especial el día de su boda. Sherman y el hermano del señor Cavallo se han llevado a la niña a dar un paseo en el cochecito. Lo único que tú tienes que hacer es relajarte y dejar que te mime.

Hattie intentó comer una tostada, pero no podía tragar. Ni siquiera el café la animó.

Estaba asustada.

—¿Tú crees que hago lo que debo, Ana?

Unos días antes, Luc y Hattie habían decidido contarle la verdad a la pareja. No era justo ocultarles secretos a las personas que iban a cuidar de Deedee mientras ellos iban de luna de miel.

Ana pasó una mano por el embozo bordado de la sábana.

—¿Te he dicho que el señor Cavallo nos ofreció a Sherman y a mí una enorme cantidad de dinero si queríamos retirarnos?

Hattie la miró, sorprendida por el cambio de tema.

—Sé que os dio la opción de hacerlo pero que no habías querido marcharos.

—No —asintió Ana. —Y nos ha doblado el sueldo, así que vamos a hacer un crucero en otoño por primera vez en nuestra vida.

—Me parece muy bien. Tenéis que divertiros.

—Yo he trabajado toda mi vida y no sabría estar de manos cruzadas. Los antiguos propietarios de esta casa eran muy mayores y no tenían familia… y Sherman y yo tampoco hemos tenido hijos. Hasta que tú viniste a vivir aquí con Deedee, me faltaba algo —la mujer se detuvo, sonriendo. —¿Qué hay de malo en dejar que el señor Cavallo te ayude?

—Pero no es un matrimonio de verdad. No somos una familia.

Ana se encogió de hombros.

—Puede que no lo seáis ahora mismo, pero las cosas ocurren por una razón. Lo he visto muchas veces en mi vida. Date tiempo. Venga, acaba con el desayuno y métete en la ducha. Hoy es el día

de tu boda.

Luc había contratado un avión privado que despegó a las diez y media. El corto vuelo de Atlanta a la costa fue una constante fuente de fascinación para Deedee, que iba sentada sobre las rodillas de Ana, con la nariz pegada a la ventanilla.

Leo y Luc iban hablando de negocios mientras el amigo de Luc, el juez de paz que iba a celebrar la ceremonia, leía el periódico. Y Hattie iba charlando con la sobrina de Ana, Patti, que tenía unos ojos casi tan grandes como los de Deedee.

—Nunca había viajado en avión y menos en uno privado —estaba diciendo. —Es maravilloso.

—Te agradezco mucho que vayas a quedarte con Deedee mientras nosotros estamos de luna de miel.

Patti sonrió.

—Me encantan los niños y cuando el señor Cavallo se ofreció a pagarme la matrícula del año que viene a cambio de que me quedase con Deedee no pude decir que no. Mis tíos y yo cuidaremos bien de la niña, no te preocupes.

Hattie tragó saliva. Su deuda con Luc aumentaba por segundos.

El avión aterrizó poco después. En la pista los esperaban tres coches que los llevaron a un muelle y desde allí, en una brillante motora, se dirigieron a la isla.

Al principio, no era más que un puntito en el horizonte pero a medida que la motora avanzaba Hattie pudo ver un embarcadero. Los empleados uniformados colocaron una rampa y pronto todos saltaron de la embarcación.

Hattie miró alrededor, asombrada. Estaban demasiado al norte como para que la isla tuviera un aspecto tropical pero era un sitio encantador. La playa estaba rodeada de árboles y pájaros de todos los colores y tamaños cantaban sobre sus ramas.

Luc apareció a su lado.

—¿Qué te parece?

Hattie sonrió.

—Es asombrosa… y tan tranquila. Me encanta, es perfecta.

—Estamos intentando que sea declarada parque natural —dijo Luc, tomándola del brazo. —Vamos, hay más cosas que ver.

Fueron al otro lado de la isla en un cochecito de golf y cuando llegaron a su destino Luc la ayudó a bajar del vehículo.

—Hay sitio para que todo el mundo se cambie. ¿Media hora será suficiente?

—Imagino que sí.

—No hay prisa —dijo Luc entonces, deteniéndose para mirarla.

—Es tu día, Hattie. Sé que las circunstancias no son las ideales, pero vas a hacer algo maravilloso por Deedee.

Emocionada, ella no podía hablar. Se preguntó entonces cómo habría sido casarse con Luc de verdad, enamorados como cuando tenía veintiún años. Pero enseguida apartó de sí esa tonta emoción.

—Gracias, Luc. No sé qué habría hecho si me hubieras dicho que no.

Hattie se puso de puntillas para darle un beso dulce, ardiente y peligroso.

—Los dos queremos lo mejor para la niña —dijo él con voz ronca. —Eso es lo más importante.

Sherman y Patti ayudaron a Deedee mientras Hattie se ponía el conjunto de ropa interior que había comprado para la ocasión: un corsé de color marfil con medias y tanga a juego.

Ana entró en el cuarto de baño para ayudarla a abrocharse los botones del corsé y luego la dejó sola.

El día era cálido y húmedo y Hattie se alegró de llevar el pelo recogido. Una pena que Luc no pudiera verla de esa guisa, pensó, mirándose al espejo. Se sentía femenina y deseable…

Ana esperaba en el dormitorio, con el vestido de novia en los brazos. Hattie había encontrado exactamente lo que buscaba en una pequeña y exclusiva boutique de Buckhead. El vestido, de color blanco roto, estaba hecho de seda y encaje. El cuello halter destacaba su busto y la falda caía en varias capas hasta el suelo haciendo picos, como un pañuelo. Los zapatos de color crudo con unas tiras de seda blanca que se ataban al tobillo eran perfectos.

Las dos mujeres parpadearon para controlar las lágrimas cuando Ana abrochó la cremallera del vestido. En realidad, Hattie solía vestir de manera más informal pero al fin y al cabo era el día de su boda y quería estar guapa.

Ana tomó la discreta tiara y la sujetó cuidadosamente sobre su cabeza como toque final antes de dar un paso atrás.

—Pareces un ángel —le dijo. —Siento mucho que tu madre y tu hermana no puedan estar aquí hoy.

Hattie tuvo que disimular un sollozo.

—Yo también.

—No llores, por favor. Perdona, es culpa mía, no debería haber dicho nada —se disculpó Ana. —Vamos a retocarte el maquillaje. Seguro que el novio estará impaciente.

Después, Ana se marchó para ocupar su sitio y Hattie se quedó a solas con sus pensamientos.

Alguien llamó a la puerta y cuando Hattie abrió Leo estaba al

otro lado, mirándola de arriba abajo.

—Estás muy guapa, Parker —bromeó, ofreciéndole un ramo de lirios y hojas de eucalipto. —De parte de mi hermano, que está impaciente.

Luego le ofreció su brazo y Hattie lo tomó, nerviosa.

—Le tengo mucho cariño, de verdad.

—Lo sé y por eso estoy aquí. Pero si vuelves a hacerle daño…

—No tengo intención de hacérselo —lo interrumpió ella.

Leo la llevó hasta la zona donde tendría lugar la ceremonia y, antes de apartarse, se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Suerte, princesa —murmuró.

Cuando vio al novio esperándola se quedó sin aliento. Llevaba un esmoquin que le quedaba perfecto, una inmaculada camisa blanca y un chaleco gris.

Nerviosa, recorrió los últimos metros y, cuando se colocó bajo el arco de flores, a su lado, vio un brillo ardiente en sus ojos oscuros antes de que se volviera hacia el juez de paz apretando su mano.

El oficiante sonrió.

—Estamos aquí reunidos para celebrar la unión de Luc Cavallo y Hattie Parker. El matrimonio es… Hattie intentó prestar atención, de verdad, pero el roce de la mano de Luc, el familiar aroma de su colonia masculina, el olor del mar… hacían que sus pensamientos fueran un caos.

Si pudiera, congelaría aquel momento para disfrutarlo más tarde.

Por el rabillo del ojo podía ver el roble gigante que los libraba del sol. Sherman y Patti estaban cuidando de Deedee. Aparentemente, la niña había decidido cooperar y estaba profundamente dormida.

Miró a Leo entonces pero cuando le guiñó un ojo Hattie apartó la mirada, intentando escuchar las palabras que la convertían en la esposa de Luc.

—¿Tenéis los anillos?

Ana tomó el ramo mientras Hattie y Luc se intercambiaban los anillos; una alianza de oro para él y una de platino para ella, al lado de su precioso anillo de compromiso.

—Puedes besar a la novia.

Los dos se volvieron al mismo tiempo. La brisa movía el pelo oscuro de Luc y su expresión era solemne aunque había un brillo burlón en sus ojos.

Habían pasado diez largos años desde la última vez que se sintió libre de besarlo.

Luc inclinó la cabeza para buscar sus labios mientras Hattie, con el corazón en la garganta y los ojos empañados, le devolvía el

beso…

Un coro de risas hizo que se apartaran. Luc parecía tan sorprendido como ella.

Los abrazos y saludos los separaron pero Luc no dejó de mirarla ni un segundo hasta que volvieron a la casa. Hattie solo había visto su dormitorio hasta entonces pero entraron en un gran salón decorado con flores blancas. Era un sitio rústico pero muy cómodo, con vigas vistas decoradas con lucecitas y docenas de capullos de rosas en jarrones de cristal.

En el centro, una mesa cubierta por un mantel de lino blanco con una vajilla de porcelana, cubiertos de plata y copas de cristal de Bohemia. Cuando todos estuvieron sentados, con Luc y Hattie en la cabecera de la mesa, Leo se levantó para brindar.

—Luc, mi hermano pequeño, ha sido y será siempre mi mejor amigo —empezó a decir. —Cuando nuestros padres murieron en aquel maldito accidente de barco, Luc y yo fuimos a vivir a Italia con un abuelo al que apenas conocíamos. No sabíamos el idioma y estábamos destrozados, pero nos teníamos el uno al otro.

Hizo una pausa entonces y Hattie vio que tragaba saliva, emocionado, mientras levantaba su copa.

—Por Luc y su preciosa novia. Que sean siempre tan felices como lo son hoy Todos brindaron con ellos y, unos segundos después, los empleados empezaron a servir el almuerzo.

Hattie sabía que la comida era deliciosa pero no era capaz de saborearla. Se había casado con Luc… durante un tiempo para salvar a su sobrina. ¿Pero a qué precio?

Cuando él le pasó un brazo por los hombros su corazón se volvió loco.

—¿Está bien, señora Cavallo? —le susurró al oído.

Ella asintió con la cabeza.

—Pues estaría mejor que dejaras de parecer un conejillo asustado —bromeó Luc.

—Estoy nerviosa —murmuró Hattie. —¿Qué hemos hecho?

—Olvídate de la realidad. Intenta convencerte de que estamos en una isla de fantasía. Tal vez todo esto sea un sueño.

Bajo la mesa jugaba con su mano y el travieso gesto consiguió hacerla sonreír. Unos minutos después, Deedee rompió el momento íntimo cuando empezó a balbucear, molesta porque no era el centro de atención.

Riendo, Luc se levantó para tomarla en brazos pero Deedee alargó la manita para agarrar la tiara de Hattie y tiró de ella antes de que nadie pudiera impedírselo.

Entre risas, la tiara fue rescatada, la niña recibió otro juguete y las dos personas que estaban en la cabecera de la mesa se

convirtieron en tres.

Deedee rio cuando Luc le hizo cosquillas en la barriguita pero luego enterró la cara en el cuello de su tía y, con su vocecita de bebé, dijo con toda claridad:

—Mamá.

Capítulo 8

Luc vio las emociones en los ojos de Hattie: sorpresa, alegría, pena, orgullo. Casi demasiado para cualquier persona, particularmente en un día lleno de emociones.

De modo que se levantó para dirigirse a los invitados.

—Hattie y yo vamos a pasar un rato con Deedee antes de despedirnos. Cortaremos la tarta a la vuelta. Mientras tanto, relajaos y pasadlo bien.

Luego ayudó a Hattie a levantarse, viendo cómo apretaba a la niña contra su corazón.

—No puedo irme sin Deedee —le dijo cuando estuvieron solos. —Tendremos que cambiar de planes.

En ese momento, la niña vio una bolsa llena de muñecos de peluche y empezó a moverse para que la dejara en el suelo.

Luc tomó la mano de Hattie para sentarla al borde de la cama.

—Deedee estará bien con Patti, Sherman y Ana, no te preocupes. Además, tenemos que hacer que este matrimonio parezca real y tú necesitas un descanso. Este último año ha sido agotador para ti.

Hattie lo miró, sus enormes ojos castaños estaban empañados.

—Me ha llamado «mamá».

—Lo sé, lo sé. Y eso es lo que eres.

—Pero me siento culpable.

—¿Por qué?

—Me alegro muchísimo de que Deedee me vea como su madre pero… no sé, siento como si fuera una deslealtad hacia Angela. ¿Cómo voy a alegrarme de que Deedee me llame mamá si eso significa que no recordará a Angela, su verdadera madre?

—Puedes enseñarle fotografías de tu hermana… y más adelante, cuando sea un poquito mayor, le explicarás lo que pasó. Angela vivirá en su corazón gracias a ti, Hattie.

—¿Y Eddie? ¿Qué voy a decirle sobre su padre?

Luc apretó los labios, pensativo. ¿Quería reemplazar al padre de Deedee?, se preguntó. Era una tentación, desde luego. Pero él no tenía deseos de formar una familia por el momento y Hattie había dejado dolorosamente claro que solo necesitaba su ayuda de manera temporal.

—No sé cómo acabará todo esto pero dudo mucho que Eddie tenga interés en ser padre. Y si le das todo tu cariño, Deedee lo

superará.

—Eso espero —murmuró Hattie.

Luc alargó una mano para tocarle el pelo.

—Estás preciosa —murmuró.

—Gracias. He pensado que este vestido sería mejor que uno más tradicional.

—¿Lamentas que no nos hayamos casado en una iglesia?

Hattie se encogió de hombros.

—No lo sé. La ceremonia ha sido preciosa. Y, además, me ha parecido muy real.

Su respuesta lo decepcionó. Había esperado más entusiasmo. Y no se le había escapado que las palabras del juez de paz, que Hattie había seleccionado, no incluían el clásico: «Hasta que la muerte os separe».

Además, no llevaba el colgante con la perla aquel día y eso le dolió, aunque no lo admitiría en voz alta. Solo le importaba porque era un símbolo de que le pertenecía.

—Será mejor que volvamos. Los invitados estarán esperando que cortemos la tarta.

Aunque hacía calor, Luc se dio cuenta de que Hattie tenía las manos frías. Según ella, contratar un fotógrafo era innecesario, de modo que mientras cortaban la tarta solo la cámara digital de Sherman inmortalizó el momento.

Hattie sonrió mientras tomaba un trozo de tarta para ponérselo a Luc en la boca. Luc no sabía qué le apetecía más, si la tarta o sus dedos… y, sin pensar, los besó.

—¿Quiere que la ayude a quitarse el vestido, señora Cavallo? —le preguntó Ana.

—No te preocupes —respondió Luc por ella. —Creo que eso puedo hacerlo yo.

Una vez en la habitación, Hattie se volvió para mirarlo, molesta.

—¿Por qué has dicho eso? Ana y Sherman saben la verdad.

Él se encogió de hombros.

—También me han oído los camareros y los conductores. Ellos podrían hablar y… bueno, esos cotilleos nos ayudarán, Hattie.

—No me gusta —murmuró ella.

—¿Se puede saber qué te pasa? No voy a lanzarme sobre ti en cuanto me des la espalda.

—Ya lo sé.

—Quítate el vestido y ponte otra cosa, tenemos que irnos.

Al ver que palidecía, Luc se sintió como un canalla. La

frustración sexual empezaba a afectarlo y se preguntó qué lo había poseído para insistir en una luna de miel. Si Hattie no admitía pronto que lo deseaba como la deseaba él, acabaría portándose como un lunático.

Pero no podía dejar que pensara que eso lo afectaba. El dulce Luc al que Hattie había conocido en la universidad era un fantasma. El Luc real era un cínico. Tendría a Hattie en su cama, y pronto, pero no dejaría que sus emociones lo gobernasen.

De modo que le dio la espalda para mirar por la ventana. Cuando oyó que cerraba la puerta del baño se quedó donde estaba. Era imposible no imaginarla desnuda…

La puerta se abrió de nuevo y Luc suspiró, sin darse la vuelta.

—¿Nos vamos?

Pero cuando se volvió, comprobó que Hattie no se había quitado el vestido.

—No puedo desabrocharlo. ¿Me ayudas?

Hattie le dio la espalda con inocente confianza y Luc bajó la cremallera con manos temblorosas… para descubrir un corsé blanco que era la fantasía erótica de cualquier hombre.

—¿Quieres que…? —le preguntó, con voz ronca.

—Sí, por favor, el corsé también.

No sabía lo que había tardado en desabrochar los cientos de diminutos botones pero, por fin, admiró la pálida piel de su espalda, que recordaba tan bien. Y recordaba pasar la lengua por su espina dorsal, sin pararse cuando llegaba a su trasero…

La tortura duró lo que le parecieron horas pero, al fin, terminó y Hattie sostuvo el vestido frente a ella como un escudo.

—Gracias.

Se dirigió al baño a toda prisa pero, al hacerlo, tropezó con la alfombra y Luc, por instinto, la sujetó tomándola por la cintura…

Los suaves pechos parecían suplicar sus caricias y Luc contuvo el aliento, atónito por la oleada de deseo mientras Hattie se quedaba inmóvil, como un animal cegado por los faros de un coche.

—Tu piel es tan suave —dijo, sin pensar, acariciando los globos blancos que recordaba tan bien.

Hattie apoyó la cabeza en su hombro.

—Luc…

Eso fue todo. Solo su nombre. Pero tan cargado de lo que él esperaba fuera deseo que se excitó de inmediato. Sin pararse a pensar, Luc tiró del vestido y del corsé. No podía ver su cara y no quería hacerlo.

—Di que me deseas, Hattie.

—Te deseo, pero…

—¿Pero?

—No creo que estemos preparados para esto —susurró Hattie.

Luc apretó su erección contra la espalda femenina, su precioso y redondo trasero apenas oculto bajo una braguita blanca.

—Yo sí estoy preparado, te lo aseguro.

La oyó contener la risa y eso lo hizo sonreír.

En ese preciso momento, cuando creía que tenía el paraíso en la punta de los dedos, un grito al otro lado de la puerta hizo que se apartase.

Tenían invitados esperando.

—Lo siento. No quería…

Hattie no se volvió. Sospechaba que estaría colorada hasta la raíz del pelo.

—Ve a cambiarte. Hablaremos más tarde.

Hattie entró en el cuarto de baño medio mareada. Había estado a punto de tirar a su marido sobre la cama y… sentir sus manos sobre su piel había sido más excitante que nada que hubiera experimentado en los últimos diez años.

No había estado siempre sola pero aun así… madre mía.

Tardó más de lo normal en abrochar los botones de la blusa de color lavanda. Los pantalones de lino color beis eran parte del carísimo nuevo vestuario que ahora llenaba dos maletas de Louis Vuitton y una bolsa portatrajes.

Hattie se miró al espejo, haciendo una mueca al ver que estaba despeinada. Después de arreglarse un poco el pelo miró alrededor. Ana había prometido llevarse el vestido de novia de vuelta a Atlanta, de modo que solo tenía que ponerse las sandalias doradas y lavarse la cara. Después de hacerlo, se puso un poco de brillo en los labios y unas gotas de su perfume favorito en el cuello.

¿Qué habría pensado Luc mientras la desvestía?, se preguntaba. ¿Sentiría algo por ella o era solo sexo? ¿Y si se hubiera dado la vuelta para besarlo?

No, se dijo a sí misma. Tal vez se sentía atraído por ella pero no era un crío incapaz de contener sus impulsos y no tenía la menor intención de mantener una relación con ella, la viera desnuda o no. Le gustaba tenerla a su merced pero estaba pensando en sexo, no en una reunión de antiguos enamorados.

Ella había tenido su oportunidad y la había desaprovechado pero estar con Luc de nuevo la hacía recapacitar sobre su decisión de romper con él. Su dinero le daba poder, sin duda, pero ahora estaba segura de que no habría usado su dinero para intentar controlarla, por mucho que dijera su madre, que siempre había sido una persona desconfiada. Las desilusiones la habían hecho

desconfiar de todo el mundo.

Hattie había intentado no ser como ella pero tal vez había heredado esa innata desconfianza y tal vez por eso había roto con Luc.

Suspirando, abrió la puerta para volver a la habitación y Luc la miró de arriba abajo antes de aclararse la garganta.

—Yo también tengo que cambiarme. ¿Por qué no juegas un rato con Deedee? Saldré enseguida.

Antes de que Hattie pudiera responder, Luc desapareció.

Veinte minutos después, entre el caos de las despedidas, volvió a ver a su marido. Llevaba un pantalón negro y una camisa azul cielo con las mangas subidas hasta el codo y su informal elegancia la dejó sin aliento.

Le sorprendió que Luc y ella no volvieran con el resto del grupo y él no le dijo dónde o cómo iban a empezar su luna de miel.

Ana se acercó con Deedee en brazos para que le diera un último beso. Cuando Angela vivía, Hattie adoraba a su sobrina pero ahora… ahora que se había convertido en su madre, el lazo que había entre ellas era indestructible y le dolía decirle adiós, preocupada de que sufriera, que la echara de menos.

—No te preocupes, cuidaremos bien de ella —intentó tranquilizarla Ana. —Sherman y yo la cuidaremos como si fuera nuestra hija.

—Lo sé. Además, Deedee os adora. No se la dejaría a nadie más.

Antes de subir a bordo, Leo se acercó a Hattie.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—¿Alguien sabe de verdad lo que hace alguna vez? —replicó ella, intentando bromear. —Estoy haciendo lo que puedo, Leo. Es lo único que puedo hacer.

—Llámame si necesitas algo. Y sé buena con mi hermano.

Antes de que pudiera responder, Leo subió al barco y Luc y ella vieron cómo se alejaba hacia tierra.

—¿Por qué no hemos ido con ellos?

Luc la tomó del brazo para llevarla hacia la casa.

—Ha sido un día muy largo y he pensado que preferirías descansar aquí esta noche. Mañana vendrá a buscarnos un helicóptero que nos llevará al aeropuerto de Atlanta y desde allí iremos a Key West.

—Ah.

Luc malinterpretó el monosílabo.

—Siento mucho no llevarte a algún sitio más exótico como Saint Moritz —le espetó, molesto. —Pero he pensado que sería más sensato quedarnos cerca, por si Eddie hace alguna de las suyas.

—Y has hecho bien —dijo Hattie.

Estaba nerviosa pero intentaba disimular. Un hombre y una mujer recién casados en una isla solitaria. ¿Qué iba a pasar?, se preguntaba.

Luc se detuvo en el porche, mirándola con gesto inseguro.

—¿Tienes hambre? He notado que apenas probabas el almuerzo.

—No, no mucha.

—Podríamos sentarnos en la playa y ver la puesta de sol mientras comemos algo.

Ella asintió con la cabeza.

—Me he vestido pensando que íbamos a tomar el avión. ¿Te importa si me cambio de ropa?

—No hace falta. Dobla las perneras del pantalón para no mojarlo. Iremos descalzos, como si fuéramos unos críos de nuevo.

Lo había dicho con tono burlón pero Hattie asintió con la cabeza mientras iban a la cocina a llenar una cesta con los restos del almuerzo, dos botellas de agua mineral y una toalla.

Hattie rio cuando Luc se quitó los zapatos y se remangó los pantalones. Era el día de su boda, tal vez una boda poco ortodoxa, pero al menos merecía pasarlo bien, se dijo.

Luc colocó la toalla sobre la arena, aunque la brisa los obligó a buscar unas piedras para sujetarla. Se sentaron uno al lado del otro pero sin la niña como escudo, literal y figuradamente, la tensión entre ellos era palpable.

Allí, en una isla solitaria, apartados del resto del mundo, era más difícil ignorar el pasado.

Él se apoyó en un codo, con expresión pensativa.

—He pensado en ti muchas veces durante estos años… me preguntaba qué harías, si serías feliz.

—Ser feliz no es fácil, ¿verdad? —murmuró ella. —Pero tenía un trabajo que me gustaba, amigos, familia. De modo que sí, supongo que era feliz.

Luc frunció el ceño.

—Cuando estábamos en la universidad yo era un idiota y confundía el deseo con el amor. No sé si el amor existe de verdad.

—¿No crees en el amor?

—Entiendo el amor que se siente por los padres o un niño. Esas son emociones reales, pero entre un hombre y una mujer… no estoy seguro de que exista.

Su cinismo la molestó. El Luc que ella recordaba no era así.

—¿Nunca has querido casarte?

—¿Después de la debacle contigo? No, una vez es más que suficiente.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Fue una buena lección.

Hattie empezaba a deprimirse. Esa conversación estaba robándole la alegría y se levantó abruptamente.

—Ya te he pedido disculpas muchas veces. Me odias y lo entiendo pero no puedo cambiar el pasado.

Capítulo 9

Luc masculló una palabrota mientras Hattie se alejaba de él. ¿Había sido su intención enfadarla para olvidarse del deseo que sentía por ella?

Estaba extrañamente indeciso. Deseaba a Hattie con una intensidad que aumentaba cada día pero no estaba dispuesto a abandonar su posición de poder. Hasta aquel momento no había querido pensar en los hombres que debía haber habido en la vida de Hattie… y aún no podía pensar en ellos porque se ponía furioso.

Maldita fuera…

Deseaba a Hattie.

La casa estaba a oscuras cuando volvió. Fue a su habitación, sabiendo que Hattie estaba a unos metros. Eran las nueve pero no había luz bajo su puerta.

Angustiado, se dio una larga ducha pero si esperaba que fuera una experiencia relajante se llevó una desilusión.

Su recalcitrante imaginación creó una visión de Hattie desnuda bajo el agua… con él, sus generosos pechos mojados y cubiertos de espuma.

La imagen le provocó una erección. Mientras se tocaba a sí mismo, Luc se imaginó entrando en ella, envolviendo las piernas femeninas en su cintura…

Luc terminó dejando escapar un gemido ronco, apoyándose en la pared antes de pasarse las manos por el pelo.

Estaba seguro de que Hattie se sentía atraída por él y la quería en su cama de nuevo, pero con condiciones. Había estado a punto de destruirlo una vez y sería un idiota si dejara que ocurriese de nuevo. No, debía estar en guardia.

Se metió en la cama poco después pero era incapaz de conciliar el sueño. Aunque se había levantado antes del amanecer, estuvo dando vueltas hasta que por fin no pudo soportarlo más y encendió la lamparita.

Los sonidos nocturnos de la isla eran muy diferentes a los de Atlanta. El murmullo de pájaros y animales salvajes llenaba la noche, con el sonido del mar como fondo.

A las dos de la mañana apartó las sábanas y se levantó para ir a la cocina en calzoncillos a beber agua. La casa estaba tan silenciosa que sintió como si fuera la única persona viva en el planeta.

Salió al porche para mirar el mar y, de repente, se quedó

inmóvil al ver una figura esbelta iluminada por la luz de la luna… Hattie.

Estaba de espaldas a él, con la cabeza levantada mirando las estrellas, su pelo moviéndose con la brisa. La misma brisa que aplastaba el camisón contra su cuerpo, dejando poco a la imaginación.

Debería darse la vuelta, sería lo mejor. Pero retirarse nunca había sido una opción para él. Tal vez si hubiera hecho las cosas de manera diferente diez años antes no la habría perdido.

No sabía por qué pero le parecía triste, solitaria. Un artista habría dado algo por pintarla en aquel momento pero verla así le partía el corazón.

Ella no dijo nada cuando llegó a su lado, casi como si lo estuviera esperando.

—¿Estás bien?

Hattie se encogió de hombros en lugar de responder.

—Antes me he portado como un idiota. Lo siento.

—Debería ser yo quien te pidiera disculpas —dijo ella entonces. —Hace diez años era muy inmadura, muy joven… yo no quería hacerte daño y lo siento más de lo que puedas imaginar. Debería haber hecho las cosas de otra manera.

Luc hizo una mueca. No estaba disculpándose por romper con él, solo por cómo lo había hecho.

—Creo que deberíamos dejar atrás el pasado. Ahora somos personas diferentes.

Los dos se quedaron callados entonces, Luc intentaba respirar a un ritmo normal. Pero cuanto más tiempo estaba a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo, más excitado se sentía.

—Estás triste —dijo entonces. —Dime por qué.

Hattie cambió el peso de un pie a otro.

—No ha sido exactamente la boda con la que yo había soñado.

—Lo siento pero… bueno, al menos tenemos la playa, esa luna llena y un millón de estrellas. Podría ser peor.

—Sí, claro, podría estar lloviendo —bromeó Hattie.

Sin pensar, Luc alargó una mano para tocarla. Necesitaba descubrir qué era más suave, si el satén del camisón o su piel. Lo único que hizo fue levantar su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos… pero Hattie dio un paso atrás.

—¿Tienes sueño?

—No.

—Yo tampoco —dijo Hattie. —Ésta es mi primera boda y no sabía que fuera tan estresante.

—Al menos no hemos tenido quinientos invitados a los que aún estaríamos saludando. ¿Por qué hace eso la gente? Debe ser

agotador.

—Imagino que quieren compartir su felicidad con sus seres queridos y mostrar su agradecimiento a la gente que ha hecho el esfuerzo de arreglarse para acudir a la boda. Supongo que todo esto es como un mal sueño para ti. Y te debo mucho, Luc. Lo sé muy bien.

—Entonces, tal vez debería cobrarme la deuda esta noche —dijo Luc. —No soy el novio que tú habrías elegido y éste no es el día de boda que esperabas pero al menos nos merecemos un beso, ¿no?

Luc le puso una mano en la cintura para acariciar la satinada curva de su cadera.

—¿Quieres que pare?

Ella se mordió los labios.

—Lo que quiero y lo que es sensato son dos cosas muy diferentes.

Luc se acercó un poco más para que notase su erección. Sabía que tendría que pagar por ello pero no podía parar.

—En este momento, me da igual lo que sea sensato.

Estaban apretados el uno contra el otro y podrían haber estado desnudos porque a través del finísimo camisón podía notar cada una de sus curvas. El *ying* y el *yang*. Positivo y negativo. Hombre y mujer.

Hattie le echó los brazos al cuello y Luc no pudo disimular un escalofrío. Pero solo era deseo, la natural urgencia masculina después de algún tiempo sin compañía femenina.

Al principio, sus labios apenas se rozaron. Una innata precaución que los dos reconocían parecía ralentizar el encuentro, pero el deseo aumentaba y nada podía pararlo y, por fin, sus lenguas se encontraron.

Nunca había olvidado su sabor, un poco agridulce, como una manzana de octubre. El mes en el que se habían conocido, la ocasión en la que se había enamorado por primera y última vez en su vida.

Luc se apretó contra ella de nuevo, haciéndola gemir. Y el sonido de femenino anhelo fue directamente a sus entrañas, destruyendo toda semblanza de cordura.

La besó una y otra vez, aplastándola contra su torso, buscando su garganta, su cara, sus párpados. Se puso de rodillas y le besó el ombligo a través de la tela del camisón, apretando sus caderas con tal fuerza que casi temía hacerle daño.

Hattie le agarró el pelo con las dos manos pero estaba apretándolo contra ella, no apartándolo.

Fue como un tsunami; un anhelo tan increíble, tan inesperado e interminable que lo dejó sin aliento.

Se incorporó cuando Hattie dio un paso atrás, mirándolo con expresión asustada.

—Tienes que darme tiempo —le dijo. —No se trata solo de nosotros, tengo que pensar en Deedee y no puedo cometer ningún error.

—Un error —repitió él, intentando recuperar el control. —Lo siento, me he dejado llevar… pero tienes razón, los dos somos adultos. Deberíamos usar la cabeza y no sucumbir a esta locura.

Hattie abrió la boca como para decir algo pero, por segunda vez aquel día, se dio la vuelta y lo dejó solo.

Hattie apenas pudo conciliar el sueño esa noche y estaba agotada cuando sonó el despertador a las ocho y media. Y el hecho de que hubiera puesto el despertador en su primera mañana como recién casada casi la hizo soltar una carcajada histérica.

Estaba vestida, con la maleta hecha y sentada en la cama a las nueve y cuarto. Había comida en la cocina pero la idea de llevarse algo al estómago le producía náuseas.

Cuando Luc llamó a la puerta a las diez, intentó mostrarse serena.

—Buenos días —la saludó Luc, ofreciéndole una taza de café solo y con azúcar, como a ella le gustaba. Pero también él tenía ojeras, de modo que tampoco había dormido.

—El helicóptero está a punto de llegar. ¿Por qué no esperas en el porche?

—Muy bien.

Unos minutos después llegaba el helicóptero. Un poco más tarde estaban en el aire y Hattie tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Había sido una boda de cuento de hadas, sí. Una pena que los cuentos de hadas no fueran más que relatos de ficción.

El ruido de las aspas hacía que la conversación fuera imposible pero no le importaba porque no sabía qué decir.

Aterrizaron en el aeropuerto de Atlanta y Luc sonrió mientras entraban en la terminal.

—Iremos en un vuelo regular. Sé que me habrías echado la bronca si hubiera contratado un avión privado para los dos solos.

—Desde luego que sí.

Después de soportar una larga cola, subieron a bordo. Hattie nunca había viajado en primera clase y el asiento era muy amplio pero seguía estando peligrosamente cerca de Luc. Cerró los ojos y fingió dormir cuando el avión despegó pero estaba tan cansada que el fingimiento se hizo realidad. Despertó cuando aterrizaban en Miami y Luc también debía haberse quedado dormido porque tenía

la camisa arrugada y el cabello despeinado.

Volaron a Key West en una avioneta con dos asientos a cada lado del pasillo. Su pierna rozaba la de Luc pero ya no podía hacerse la dormida, de modo que se concentró en el paisaje que veía desde la ventanilla mientras Luc sacaba un periódico y enterraba en él la cabeza.

Apenas había intercambiado dos palabras con su marido desde que salieron de la isla. Hattie estaba cansada, deprimida y echaba de menos a Deedee.

El aeropuerto de Key West era diminuto pero Luc se había encargado de alquilar un descapotable de color cereza… en el que no cabían sus maletas. Irritado, Luc tuvo que volver al interior de la terminal para cambiarlo por un coche más grande.

Y, mientras esperaba, Hattie tomó una decisión. No podían seguir sin hablar. Lo de la noche anterior había sido un error, de modo que lo mejor sería empezar de nuevo.

—Siento que no podamos ir en el descapotable. Me gustaba mucho —le dijo.

Luc ya había estado en Key West o al menos había memorizado la ruta porque conducía con confianza, sin molestarse en consultar el GPS. Cuando se detuvo ante una casa de dos plantas que parecía el hogar de un lobo de mar del siglo XIX, se sintió encantada. Era mucho mejor que un hotel impersonal.

El edificio de madera estaba pintado en color verde menta con una cenefa blanca y había buganvillas y otras flores que Hattie no conocía en las ventanas.

Apenas habían salido del coche cuando un hombre de unos sesenta años y aspecto distinguido salió a recibirlos.

—Bienvenidos a Flamingo’s Rest —los saludó, ofreciéndoles la mano. —Soy el encargado, Marcel. Tenemos la suite Luna de Miel preparada para ustedes —el hombre abrió la vieja puerta de roble con una sonrisa, como si estuviera genuinamente contento de verlos. —Han venido en el mejor momento del año.

Los llevó por una escalera enmoquetada y abrió la puerta de una suite que ocupaba la mitad de la segunda planta.

—Key West es el sitio perfecto para una escapada romántica. Si necesitan algo, solo tienen que llamarme.

Capítulo 10

Cuando el encargado desapareció, Hattie miró alrededor. La habitación tenía una enorme cama con dosel pero solo con mirarla se echaba a temblar.

El salón estaba amueblado de manera lujosa, con un sofá y varios sillones elegantemente tapizados, una televisión de pantalla plana, un bar y una mullida alfombra bajo sus pies.

—Es muy bonito.

Un golpecito en la puerta anunció la llegada del equipaje. Marcel y un empleado más joven lo guardaron todo en los armarios y, después de aceptar la propina de Luc, se despidieron con una sonrisa.

—Yo dormiré aquí. Parece muy cómodo —dijo Hattie, señalando el sofá. —Bueno, voy a llamar a Ana para ver cómo está Deedee. ¿Quieres decirle algo?

Luc sacó una cerveza de la nevera, sin mirarla.

—No, ahora mismo tengo que hacer algunas llamadas. Estaré en el dormitorio si me necesitas. Saluda a Ana y Sherman de mi parte.

Hattie suspiró. Parecía enfadado y era lógico. Los hombres no lidiaban bien con la frustración sexual y ella misma se sentía inquieta. ¿Qué tendría que hacer para animarlo?, se preguntó.

Deedee balbuceó un saludo cuando Ana le puso el teléfono en la oreja pero Hattie no sabía si la niña reconocía su voz. Cuando la llamada terminó, tuvo que secarse una lágrima.

Sin saber qué hacer, decidió arreglarse un poco. Afortunadamente, su bolsa de viaje estaba en el sofá, de modo que no tenía que invadir el dormitorio.

Iba a tener que acostumbrarse a ser la mujer de Luc Cavallo, pensó mirando la blusa beis y el pantalón de lino. Pero ella solía llevar ropa informal, vaqueros y zapatillas de deporte, no vestidos de diseño.

Sus zapatos estaban en una de las maletas grandes, de modo que se acercó descalza a la ventana para mirar el patio. En el hotel había dos piscinas, una detrás de la otra, que brillaban como joyas bajo el sol. Y cuando miró su reloj se le ocurrió que llevaba veinticuatro horas casada.

Luc tardó una hora en reaparecer, con el maletín en una mano y la chaqueta colgando de la otra.

—¿Dónde vas?

—Tengo que irme —respondió él. —Hay un problema en la oficina de Miami y yo soy el más cercano. Se supone que deberíamos firmar un contrato con un nuevo diseñador y parece que las cosas no van bien.

—¿Te vas a Miami? —le preguntó ella, incrédula.

—Hablaré con Marcel antes de irme. Él cuidara de ti mientras yo estoy fuera.

—Puedo cuidarme sola, Luc. Pero haber venido aquí para esto…

—Mi vida no se ha detenido por haberme casado contigo —la interrumpió él. —He hecho todo lo que me has pedido, me he casado contigo y Deedee está a salvo. Los dos sabemos que esto es un matrimonio temporal, así que tendrás que soportar ciertas cosas. Como las soporto yo.

Hattie se tumbó en la cama y estuvo llorando durante una hora. Era insultante. ¿Qué más daba que no fuese un matrimonio real? ¿No merecía al menos una luna de miel fingida?

¿Tan poco le importaban sus sentimientos que podía dejarla sola después de lo que había pasado la noche anterior?

Tenía los ojos enrojecidos de llorar pero estaba más serena cuando sonó el teléfono a las nueve. No reconoció el número, aunque sabía que era el código de Atlanta.

—Necesito hablar con mi hermano —escuchó la voz de Leo.

—No está aquí, ha tenido que marcharse.

—¿Cómo que ha tenido que marcharse?

—Un problema en la oficina de Miami, por lo visto. Un contrato con un diseñador nuevo o algo así.

Hattie escuchó una palabrota.

—Debería haber ido yo a Miami pero estaba ocupado con otro contrato.

—No es culpa tuya —dijo ella. —Además, estoy segura de que ésta es su manera de demostrar que él es el jefe. O tal vez sigue enfadado conmigo por lo que pasó hace diez años.

—No, estoy seguro de que el problema en la oficina de Miami es real.

—Sí, seguramente —asintió ella, aunque no estaba segura del todo. —Buenas noches, Leo.

Luc estaba en el balcón del hotel, mirando el mar y lamentando su testarudez. Había solucionado el problema en la oficina enseguida pero en el último momento había decidido quedarse a pasar la noche en Miami. Era importante que Hattie entendiese que

no iba a dejarse llevar por el deseo que sentía por ella.

Iban a acostarse juntos, y pronto, pero no pensaba ser esclavo de su libido. Y tampoco iba a suplicar.

Aunque no se le escapaba la ironía. Había estado de rodillas la noche anterior pero la decisión de Hattie de apartarse lo había ahorrado hacer el ridículo. Y había recuperado el control de la situación.

Se preguntó entonces qué estaría haciendo ella en ese momento. ¿En un restaurante, siendo admirada por los hombres?

Airado, golpeó la barandilla con el puño. Tal vez el dolor le aclararía la cabeza.

En los negocios, sabía cuál era la clave del éxito: mantener el control siempre. Y la noche anterior había cometido un grave error. Había dejado que Hattie viera cuánto seguía deseándola y saber eso le daba poder.

Supuestamente, era ella quien debía suplicarle que se acostaran juntos, no al revés. Él no estaba enamorado… no, aquella inquietud era solo eso, deseo. Su última relación había terminado meses antes y desde entonces lo único que había hecho era trabajar.

Dado su pasado y el tiempo que llevaba sin tener relaciones era lógico que Hattie lo excitase. Y era lógico también que mantuvieran relaciones ahora que eran marido y mujer. Pero cuando la situación de Deedee estuviese solucionada, Luc dejaría bien claro que era hora de decirse adiós.

Hattie se quedó dormida alrededor de las dos de la madrugada y cuando Marcel llamó a la puerta de la suite antes de las nueve le costó trabajo despertar. Pero cuando abrió, la persona que estaba al otro lado no era Marcel sino Leo, su cuñado.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo entrar? —le preguntó él, con gesto serio.

—Sí, claro. ¿Le ha ocurrido algo a Luc? —exclamó Hattie, agarrándose al respaldo de una silla. —Por favor, dímelo. Dime lo que sea…

—No, no, mi hermano está bien. Perdona si te he asustado —dijo Leo por fin, mirándola con cara de sorpresa. —¿Sigues enamorada de él?

—No, por supuesto que no.

—¿Estás embarazada? ¿Es por eso por lo que pareces a punto de desmayarte?

—Por favor… anoche no cené nada y aún no he tomado el desayuno, eso es todo. Y sigues sin decirme qué haces aquí.

Leo se dejó caer sobre un sillón mientras ella abría la nevera

para sacar una Coca Cola.

—Cuando me dijiste que Luc se había ido a Miami me puse a pensar. En la boda, hasta un ciego se habría dado cuenta de que Luc sigue sintiendo algo por ti… y viceversa.

—Tienes mucha imaginación.

—Niégalo todo lo que quieras pero yo sé que es verdad. Y abandonarte en plena luna de miel…

—¿Has venido para decirme eso?

—No, estoy aquí para que mi hermano firme unos papeles. Son importantes, de otro modo no os hubiera molestado en vuestra luna de miel… claro que a mi hermano no parece importarle mezclar los negocios con el placer —Leo golpeó los brazos del sillón. —Bueno, me quedaré contigo hasta que vuelva.

—Pensé que yo era la mala de la película —dijo Hattie.

—A veces me equivoco —dijo él, encogiéndose de hombros.

Tenía una sonrisa tan atractiva como la de su marido.

—No es necesario que me hagas compañía, de verdad.

—Deja de discutir y ve a ponerte el bañador. Yo también me cambiaré y le pediré al encargado que nos haga un buen desayuno.

Cuando Hattie bajó a la piscina con un bañador verde, su cuñado ya estaba en una tumbona… roncando. Pobre, pensó. Lo mejor sería dejarlo dormir.

Después de estar tumbada un rato en una hamaca, Hattie se lanzó al agua dejando escapar un suspiro de placer. Ser rico tenía sus ventajas, pensó, flotando perezosamente.

Había sido un detalle por parte de Leo ir a hacerle compañía, pero ella quería a su marido… en bañador, para poder admirarlo a placer.

Marcel les llevó café, huevos revueltos, beicon, mangos y cruasanes caseros rellenos de chocolate.

Leo despertó a tiempo para devorar su parte.

—Qué hambre tenía —dijo luego, mientras tomaba una fresa.

—Este café está riquísimo —comentó Hattie.

Cuando terminó de desayunar se tumbó boca abajo en la hamaca, escuchando el canto de los pájaros y el sonido de las ramas de las palmeras movidas por la brisa.

—Te estás poniendo roja, princesa —dijo Leo. —¿Quieres que te ponga crema en la espalda?

Sin abrir los ojos, Hattie le dio el bote de crema.

—Sí, gracias.

Luc aparcó el coche delante del hotel y se quedó sentado frente al volante durante unos segundos dándose una charla a sí mismo.

Estaba sereno, lo tenía todo controlado, se decía.

Tenía un plan, uno que satisfaría su deseo por Hattie y, al mismo tiempo, le dejaría claro que no había cambiado nada.

Fue una sorpresa encontrar la suite vacía. Debía haberse ido de compras, pensó. Tal vez podría ir a buscarla…

Cuando bajaba por la escalera con las llaves del coche en la mano, Marcel lo interceptó.

—Hola, señor Cavallo. Espero que haya solucionado el problema en Miami.

—Sí, claro —respondió Luc, incómodo. —¿Sabe si mi mujer ha ido de compras?

El hombre negó con la cabeza.

—Su mujer está en la piscina con su amigo. Les he servido el desayuno hace un rato. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Su amigo. ¿Qué amigo? Sin duda, algún surfero que se había aprovechado de su ausencia, pensó Luc, enfadado.

Bajó a la piscina y allí estaba Hattie, tumbada boca abajo en una hamaca, con un bañador que hacía que se le encogiera el estómago. Pero lo que le encogió el estómago de verdad fue ver al hombre que estaba poniéndole crema en la espalda.

Maldita fuera. Estaba de espaldas a él y a esa distancia no podía ver mucho, salvo que era un tipo alto y que estaba propasándose con su mujer.

El hombre dijo algo que hizo reír a Hattie y Luc se acercó a ellos, indignado.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

El extraño se volvió y…

Leo.

—Hola, Luc. Ya era hora de que volvieras.

Aunque estaba sorprendido, Luc intentó disimular.

—¿Qué haces aquí? Si quieres una luna de miel, búscate una esposa.

—Cuando me enteré de que estabas trabajando durante tu luna de miel decidí traer unos contratos que deben ser firmados inmediatamente.

Hattie se había levantado de la tumbona, y Luc apartó los ojos del delicioso cuerpo de su mujer para mirar a su hermano.

—Y veo que el asunto no era tan urgente como para que no pudieras darte un bañito en la piscina.

Hattie lo tomó del brazo.

—Siéntate, Luc. Y no seas antipático.

—Es culpa tuya, hermanito —replicó Leo. —No estaría aquí si tú no fueras tan idiota.

—¿Queréis dejar de discutir? —exclamó ella, airada.

—Dejaré de discutir cuando no se meta conmigo —replicó Luc empujando a Leo, que le devolvió el empujón.

—¡Parad de una vez! Esto es ridículo.

Intentó separarlos pero los dos hombres se movieron a la vez, empujándola sin querer, y Hattie resbaló con el borde mojado de la piscina.

Luc y Leo se quedaron inmóviles durante un segundo pero fue Luc el primero en moverse, arrodillándose delante de ella.

—¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien —murmuró Hattie.

Pero no estaba bien, se había hecho un corte en la mejilla.

Leo se puso en cuclillas a su lado.

—Yo creo que hay que llevarla al hospital.

—Si alguien la lleva al hospital seré yo, no tú.

—¿Queréis parar de una maldita vez? —exclamó Hattie. —No es nada, solo un arañazo. Venga, haced las paces de una vez, parecéis niños pequeños.

Los dos hermanos se miraron.

—Lo siento —se disculpó Luc.

—Lo mismo digo. Pero has empezado tú.

—Serán bobos… —murmuró Hattie.

Luc tomó unas servilletas de papel que mojó en la jarra de agua.

—Vamos a limpiar la herida.

—Ay, me duele. Espera, ya lo hago yo.

Luc la miraba, con el corazón encogido, cuando apareció Marcel con un botiquín de primeros auxilios.

—Con una tirita será suficiente —murmuró, después de echarle un vistazo. —No es nada.

Luc le colocó la tirita con todo cuidado antes de ayudarla a ponerse en pie.

—Voy a darme una ducha y sugiero que no os peleéis cuando yo no esté —les advirtió Hattie, antes de volverse hacia Marcel. —Gracias por su ayuda, me alegra saber que hay alguien aquí con un poco de sentido común.

Mientras subía a la habitación, Leo sacudió la cabeza.

—Tu mujer es dura como el hierro.

Luc asintió, un poco asustado por lo que acababa de pasar.

—Por una vez, estamos completamente de acuerdo.

Capítulo 11

Cuando Hattie salió del dormitorio se encontró a Luc sentado en el sofá, esperándola.

—Estás muy guapa —le dijo, levantándose.

Ella tomó su bolso y examinó el contenido.

—Gracias.

Se había puesto un vestido de gasa marrón, sin mangas, con escote en el pecho y la espalda. Un collar de grandes piedras en color ámbar completaba el conjunto.

La tirita que llevaba en la mejilla la hacía sentir incómoda pero no tenía gran importancia. El vestido era bonito y, sobre todo, cómodo. Después de los últimos días, lo que necesitaba era sentirse cómoda.

—¿Dónde está Leo?

Luc hizo una mueca.

—No te preocupes, he firmado los malditos documentos. Está abajo, cambiándose de ropa. Ya que está aquí, podíamos ir a comer a algún sitio bonito. Y luego se irá a casa.

«Dejándonos solos», pensó Hattie.

—Suena bien.

Pero cuando bajaron, Leo se había marchado. Marcel les dio una nota que Luc leyó con expresión seria antes de pasársela a Hattie.

No quiero molestar. Que lo paséis bien, nos vemos en Atlanta.

Ella tiró la nota a una papelera.

—Bueno, entonces estamos solos otra vez.

Él la miró en silencio durante unos segundos.

—Eso parece.

Fueron en coche hasta el distrito antiguo y después de aparcar, Luc la tomó del brazo para ir al restaurante, el calor de su mano hacía que su corazón se acelerase.

Se decía a sí misma que no debía esperar demasiado. Nada había cambiado, no eran una pareja normal en absoluto.

Pero no era fácil recordarlo en el ambiente relajado de Key West. Todo el mundo parecía de buen humor, como si estuvieran de vacaciones. Y era lógico. Desde la plaza Mallory se veían el mar y las velas de los barcos… a lo lejos se veía una isla preciosa.

—Pertenece a una cadena de hoteles —le explicó Luc. —Se pueden alquilar bungalós.

En el muelle, Luc le tomó la mano para subir a una motora y unos segundos después surcaban las olas con destino a la isla.

Un empleado uniformado los recibió para llevarlos al restaurante frente a la playa.

La comida fue fabulosa: gambas frescas y una ensalada tropical que se deshacía en la boca.

—¿Qué tal el viaje a Miami? —le preguntó. —¿Has tenido algún problema?

—No, todo bien. Esta ensalada está riquísima.

—No hay ninguna excusa para que me hayas dejado sola el primer día de nuestra luna de miel —empezó a decir. —Ha sido una falta de respeto.

—Lo siento, Hattie.

—Creo que estabas intentando darme una lección pero me temo que te ha salido mal.

Luc dejó el tenedor sobre el plato y se echó hacia atrás en la silla.

—Tienes razón. Y te pido disculpas.

Ella inclinó a un lado la cabeza, mirándolo como si intentara leer sus pensamientos.

—Nunca te he dicho esto pero cuando rompí contigo no fue por dinero sino porque me daba miedo perder el control.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, echándose hacia delante.

—De joven, mi madre tuvo una aventura con su jefe, un hombre rico y poderoso. Cuando le dijo que estaba embarazada, él no quiso saber nada y la despidió. Ese hombre maravilloso era mi padre biológico.

—Yo no soy como él, Hattie. Siento mucho lo que le pasó a tu madre pero no tiene nada que ver conmigo.

—Durante toda mi infancia estuve obsesionada por ese hombre misterioso, esa persona horrible que no quiso saber nada de mí y que abandonó a mi madre en el peor momento. Ella siempre decía que debía ser independiente, no debía dejar que ningún hombre controlase mi destino.

—¿Y tú crees que yo intentaría controlarte? —le preguntó Luc.

—No, creo que no. Pero yo estaba tan enamorada de ti entonces que temía… perder mi personalidad. Es muy fácil dejar que cuiden de ti, que tomen decisiones por ti. Y no fui lo bastante valiente como para arriesgarme. Pero a los veinte años era una niña y solo podía ver que tú tenías dinero y poder para hacer lo que quisieras mientras yo me sentía como una sombra.

—A pesar de que estaba tan loco por ti que te seguía como un

cachorro.

—Entonces eras un chico joven a merced de tus hormonas. El sexo hace que la gente haga locuras.

Luc metió una mano bajo la mesa para tomar la de Hattie y ponerla sobre su erección.

—Ya no soy tan joven —le dijo, antes de soltar su mano.

Hattie sintió que le ardía la cara.

—No seas grosero.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué quieres de mí, Hattie?

—¿De verdad crees que podemos acostarnos juntos y separarnos después como si no hubiera pasado nada?

Luc volvió a encogerse de hombros.

—Si tú puedes, yo también.

Hattie frunció el ceño. No sabía qué quería, si marcharse o aceptar que era una mujer adulta con necesidades. Se estaría arriesgando mucho. ¿Y si volvía a enamorarse de Luc? ¿Y si nunca había dejado de amarlo? ¿Y si se acostaban juntos y ya no era como antes?

No, eso no podía ser.

De modo que alargó una mano para ponerla sobre la de él.

—Dijiste que debía ser yo quien fuera a ti, pero quiero que sepas que mi respuesta no tiene nada que ver con Deedee… nada que ver con los errores que cometimos en el pasado. Ni sentimientos ni obligaciones. Esto es sobre nosotros… tú y yo. Y mi respuesta es…

Luc puso un dedo sobre sus labios.

—No digas una palabra más.

Luc estaba ardiendo. El calor y la proximidad de Hattie lo hacían sudar. Ella parecía leer sus pensamientos, descubriendo sus más íntimos secretos. Que hubiera reconocido el deseo que sentían el uno por el otro estaba a punto de hacer que perdiese la cabeza.

Después de pagar la cuenta, tomó a Hattie de la mano para salir del restaurante.

—Volvamos al hotel. Creo que has tomado demasiado el sol.

Riendo, volvieron al muelle y Luc tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla allí mismo.

Afortunadamente, la motora que los llevaría a Key West llegó pronto.

Por suerte, había aparcado el coche a la sombra de un árbol, porque hacía mucho calor.

—¿Qué te apetece hacer?

—No lo sé, me gustaría tirarme a la piscina —respondió ella. —Podemos hacer turismo mañana, si no te importa.

—Lo que tú quieras —dijo Luc. Darse un baño en la piscina con Hattie le parecía la mejor idea del mundo pero una vez en el hotel los dos se miraron, incómodos. —Yo me cambiaré en el baño.

Tardó cuatro minutos mientras Hattie tardó veinte más pero cuando apareció pensó que merecía la pena. Llevaba el pelo sujeto sobre la cabeza, con unos mechones alrededor de la cara. El albornoz de algodón blanco la cubría del cuello a la rodilla pero se ajustaba a sus pechos y a sus caderas de una manera pecaminosa.

Había pensado que estaba tranquilo pero cuando llegaron a la piscina y Hattie se quitó el albornoz supo que no era así. Llevaba un bikini azul esta vez y se alegró de que Leo no estuviera allí para verlo.

Luc estaba asombrado. Era una diosa sexual, incluso más atractiva que cuando estaban en la universidad. La braguita del bikini se enganchaba a un lado con un anillo dorado y los dos triangulitos de tela que cubrían sus pechos eran tan pequeños que casi resultaban indecentes.

Luc miró alrededor para ver si había alguien más disfrutando del espectáculo, pero estaban solos. No había nada más que flores, agua y aquella sirena. Si había otros clientes en el hotel, no estaban por allí en ese momento.

—¿Te importa ponerme crema en la espalda? —le preguntó Hattie, tumbándose en una hamaca.

Él tragó saliva.

—No, encantado —respondió, tomando el bote de crema.

Hattie dio un respingo cuando le puso las manos en la espalda.

—Está fría.

—Tranquila, relájate.

Una pena que él no pudiera seguir su propio consejo.

Luc terminó de ponerle crema y cerró el bote.

—Ya está.

Ella no dijo nada. Su cuerpo semidesnudo, su piel brillante…

Luc cerró los ojos para intentar controlar una dolorosa erección.

Fue una sorpresa sentir su mano en la espalda. Estaba tan perdido en sus pensamientos que no la había oído moverse.

Hattie se colocó detrás de él para ponerle crema. Tenía las manos pequeñas pero fuertes y, a pesar del agotamiento, aquel masaje era un prolegómeno del sexo y Luc no sabía si podría soportarlo.

Cinco minutos después, cuando estaba ardiendo de deseo, Hattie se inclinó para decir:

—Voy a tirarme al agua. ¿Quieres nadar un rato conmigo?

Era un reto y un reto que solo podía tener una conclusión.

Luc se sentó sobre la hamaca. Estaban tan cerca que podría haberla besado pero no lo hizo. Aún no.

—Muy bien. Después de ti.

Hattie bajó por la escalerilla mientras él se lanzaba de cabeza y aparecía a su lado un segundo después.

—Súbete a mi espalda.

—¿Qué?

—Súbete a mi espalda. Voy a ser tu delfín.

Riendo, Hattie lo hizo, enredando las piernas en su cintura y los brazos en su cuello.

—Agárrate fuerte.

Después de nadar así durante unos segundos, Luc la bajó de su espalda para colocarla frente a él.

—El agua está estupenda —murmuró Hattie.

Estaba nerviosa y eso le gustaba. Había pasado una década pero algunos placeres no se olvidaban nunca.

—Mírame —murmuró, acariciando sus pechos. Hattie lo miró a los ojos. El placer que sintió al tocarla hizo que se le nublara la vista. Luc la sujetó por la cintura mientras buscaba su boca en un beso apasionado. Sin dejar de besarse, se hundieron en el agua para reaparecer después sin apartarse un centímetro. Hattie enredó las piernas en su cintura, sus pechos aplastados contra el torso masculino.

Ella inició el beso esta vez, mordisqueando sus labios, buscando su lengua.

—Luc…

—¿Qué, Hattie?

—Mi respuesta es sí. Por favor, hazme el amor.

Él tuvo que sonreír. Eso era lo que quería escuchar.

—Pídemelo otra vez —le exigió.

Hattie lo miró, frustrada.

—Nada de juegos. Hazme el amor. Ahora.

Capítulo 12

Luc la llevó a la habitación, dejando el albornoz y sus cosas en la piscina. Tiraba de ella sin dejarla protestar. Claro que Hattie no iba a protestar. ¿Por qué iba a hacerlo? Deseaba a Luc y cuanto antes mejor.

Si había esperado que se sintieran incómodos en el dormitorio estaba muy equivocada. Luc se quitó el bañador con gesto decidido, sonriendo cuando ella abrió los ojos de par en par.

Su erección era magnífica, gruesa, larga…

—Quítate el bikini.

Temblando, Hattie desabrochó el lazo que lo sujetaba a su cuello y echó los brazos hacia atrás para desabrochar el cierre.

Hattie tragó saliva mientras dejaba caer la prenda. Luc había sido su novio en la universidad, su primer amor, su primer amante. Ahora era un hombre maduro, en la cúspide de su sexualidad, y ella sentía el calor de su deseo.

Hattie iba a quitarse la braguita del bikini pero Luc, impaciente, la tomó entre sus brazos para besarle la cara, el cuello y, por fin, los pechos. La sensación fue como una descarga eléctrica.

Su miembro erecto rozaba la cadera de Hattie, el vello de su torso acariciaba la sensible piel de sus pechos. Luc tomó el anillo del bikini y tiró con fuerza de él, rasgando la tela. La prenda cayó al suelo y Hattie se abrazó a él, enterrando la cara en su cuello.

Luc la levantó en brazos, apoyándola contra la pared antes de penetrarla. Era grande pero Hattie estaba preparada para él.

—¿Hattie?

—¿Si? —murmuró ella, con los ojos cerrados.

—¿Estás bien?

¿Bien? Esa palabra no podía describir lo que sentía en ese momento.

—No pares.

—Lo que diga la señora —bromeó Luc. Su trasero desnudo golpeaba la pared mientras Luc la embestía una y otra vez…

—Luc…

No pudo decir nada más. Con los ojos cerrados, notó que también él se dejaba ir. Cuando todo terminó, Luc la llevó al dormitorio para dejarla sobre la cama y se tumbó sobre ella, con la cabeza sobre su pecho.

Y el corazón de Hattie se detuvo durante una décima de

segundo.

Tal vez se quedó dormida durante unos minutos, no estaba segura. Luc parecía profundamente dormido. Le gustaría tanto acariciar su pelo… pero contuvo el deseo porque sabía que no podía encariñarse con él.

Torpemente, se apartó intentando no despertarlo y entró en el cuarto de baño de puntillas. Después de darse una ducha rápida, se puso uno de los lujosos albornoces que colgaban en la puerta y asomó la cabeza en el dormitorio.

Luc se había despertado.

—No te hace falta ese albornoz.

—¿No?

Él la llamó con un dedo.

—Vuelve a la cama.

Cuando entraba en el dormitorio vio que Luc tenía una caja de preservativos en la mano.

—Antes se nos ha olvidado. Lo siento, Hattie, ha sido culpa mía.

—No es el momento del mes, no creo que haya ningún problema.

—Entonces, no perdamos el tiempo.

El albornoz cayó al suelo.

Hattie tembló pero no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación sino con el hombre que estaba tumbado en la cama, mirándola como un predador esperando su presa.

En lugar de colocarse sobre ella, la colocó encima. Luc empezó a acariciar el capullo escondido entre sus rizos.

Hattie apoyó las manos en sus muslos mientras disfrutaba de sus caricias y en unos segundos estaba llegando al clímax, esta vez más poderoso que el anterior.

Cuando Luc la apretó contra su pecho tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Luc, yo…

«Te quiero».

No, no podía ser. Solo era sexo, una abundancia de hormonas postcoitales y los recuerdos de su relación. No estaba enamorada de él.

—¿Qué? —murmuró Luc, besándole la mejilla.

—No sé si hemos cometido un error —dijo Hattie.

—¿Tan pronto lo lamentas?

—Esto lo complicará todo… cuando nos separemos, quiero decir.

Luc la tomó por los hombros para mirarla a los ojos.

—Estás exagerando. No hay nada malo en que lo pasemos bien.

Hattie hizo una mueca. Era absurdo fingir, aquello no era una

luna de miel, era sexo y nada más. No tenía sentido darle un halo romántico.

No había ninguna razón para que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Quiero darme una ducha —murmuró.

—No, Hattie, yo creo que no.

Luc apenas se dio cuenta de que ella no contestaba. Era como si le hubiera dado una patada en el estómago. El sudor apenas se había secado sobre sus cuerpos y ella ya estaba hablando de dejarlo.

Maldita fuera. Sería él quien terminase la relación… no Hattie.

Estaba excitado de nuevo y, con movimientos bruscos, rasgó un sobrecito para sacar un preservativo. Un segundo después dejaba escapar un gemido ronco mientras entraba en ella. Pero Hattie permanecía pasiva, inmóvil, y eso lo enfadó.

—Mírame, señora Cavallo —le ordenó. Y ella obedeció. —Lo que hagamos en el dormitorio es cosa nuestra. Déjate ir, Hattie.

—Muy bien —dijo por fin.

Mientras Hattie arqueaba la espalda sus caderas empezaron a moverse como por voluntad propia adelante y atrás, anhelando el alivio que solo ella podía darle.

Hattie dejó escapar un gemido mientras lo apretaba con sus músculos internos y Luc se perdió a sí mismo en el abrazo, encontrando un momentáneo olvido.

Minutos después, recuperó la cordura. Hattie estaba inmóvil y silenciosa de nuevo. ¿Le habría hecho daño?, se preguntó mientras se apartaba murmurando una disculpa.

Nunca había disfrutado tanto. Bueno, sí, en la universidad, con ella, cuando eran tan felices.

Pero no quería recordar eso cuando la tenía entre sus brazos. ¿Qué estaría pensando?, se preguntó. Pero estaba demasiado cansado como para interrogarla. Apenas había pegado ojo la noche anterior y sus ojos se cerraron de manera involuntaria.

Momentos después le pareció que Hattie intentaba apartarse, pero la sujetó por la muñeca.

—Quédate.

—Necesito darme una ducha.

—Muy bien, nos ducharemos juntos.

Ella no parecía muy contenta y mientras abría el grifo, Hattie se colocó en una esquina de la ducha, con los brazos cruzados sobre el estómago.

Era tan inocente y tan seductora a la vez, desde sus largas piernas a su figura de guitarra o sus generosos pechos.

Luc tomó el jabón, en forma de caracola.

—Date la vuelta.

Hattie estaba ahogándose de deseo. Nunca, ni en sus más locos sueños, había inventado un escenario como aquel.

—¿Para qué? —murmuró.

—¿No querías ducharte? —bromeó Luc.

—Eres un viejo verde.

—No tan viejo.

Hattie se puso de espaldas, sabiendo que estaba a su merced. Mientras la lavaba de arriba abajo, apoyó las manos en la pared de baldosines, dejando que el agua acariciase su piel mientras Luc pasaba la esponja lentamente por su espalda.

—Date la vuelta.

Ella obedeció instintivamente, mirándolo a los ojos.

—Yo puedo hacer el resto.

—¿Por qué? Me gusta hacerlo a mí —dijo Luc. —No te muevas.

El agua caliente la dejaba sin fuerzas y esta vez Luc no fingió lavarla. Tomó el jabón y lo pasó por sus pechos, decorando sus pezones con burbujas. Cuando estuvo satisfecho se detuvo para besarla, un beso lento y profundo. Sus torsos se rozaban y Hattie sintió su erección entre ellos.

—Abre las piernas.

Cuando Luc rozó su punto más sensible con el jabón Hattie dejó escapar un gemido, apoyando la frente en su pecho.

—Ya está bien, estoy limpia —murmuró.

Estaba al borde del abismo pero no quería hacer la travesía sola, quería a Luc dentro de ella, llenándola, haciéndola suya.

De repente, como si hubiera leído sus pensamientos, él soltó el jabón y colocó a Hattie sobre sus rodillas.

Hattie echó la cabeza hacia atrás, sus ojos se cerraron cuando lo sintió dentro de ella.

Sujetando sus caderas, Luc la movió arriba y abajo sin aparente esfuerzo antes de dejar escapar un gemido ronco cuando perdió el control, mordiéndole el cuello. Era demasiado y, arqueando la espalda, Hattie llegó al orgasmo dejando escapar un sollozo de puro placer.

Después, se sentía tan débil como un bebé. Luc la secó suavemente con una toalla antes de tomarla en brazos para llevarla de vuelta al dormitorio. Hicieron el amor de nuevo pero se detenía cada vez que estaba cerca del final, alargando aquella increíble conexión. La envolvía, la abrumaba con su aroma, sus caricias, su poderosa dominación.

Sabía que tarde o temprano tendría que pagar por lo que estaba haciendo, que al final se le rompería el corazón. Pero se negaba a dejar que eso arruinase el momento.

—Eres asombroso —murmuró, poniéndole una mano sobre el pecho. —No había sentido esto en mucho tiempo.

Luc, con los ojos semicerrados, la sombra de la barba y los pómulos oscurecidos parecía un pirata. No quedaba nada del elegante empresario que siempre parecía controlarlo todo.

Y Hattie lo amaba. Aquel era un hombre con el que podría compartir su vida.

Pero el otro Luc también estaba en la habitación y ése era el problema. Como lo había sido siempre.

—Hattie… —empezó a decir él. Pero no pudo seguir hablando porque el orgasmo lo sorprendió después de unas rápidas embestidas.

Después, durmieron. Mientras el sol se escondía detrás del horizonte, haciendo que las estrellas salieran a jugar, el señor y la señora Cavallo estaban totalmente de acuerdo por fin. Aunque fuese brevemente.

Capítulo 13

Luc se dio la vuelta en la cama para mirar el reloj y vio que eran las nueve de la noche. El estómago estaba protestando y era lógico.

Bostezando, levantó un brazo por encima de su cabeza y vio que Hattie estaba dormida. Una pena que él no estuviera tan relajado. El sexo había sido espectacular pero ahora que su cabeza controlaba su libido, podía pensar con claridad y la conclusión era abrumadora.

Estaba en peligro de enamorarse de Hattie otra vez. Tal vez en cierto modo nunca había dejado de amarla… tal vez eso explicaba por qué las mujeres con las que había salido durante esos diez años nunca habían podido despertarle una emoción profunda.

La miró dormir durante largo rato, pensativo. Hattie lo necesitaba por Deedee y eso le daba cierta ventaja. Pero solo por el momento. ¿Qué pasaría cuando el padre de la niña ya no fuera una amenaza?

¿Le diría adiós? Esa posibilidad hizo que se le encogiera el corazón. Él ya no era un crío vulnerable e ingenuo, había aprendido bien la lección. Amar a alguien demasiado era un riesgo.

Perder a sus padres en un accidente había sido un golpe muy duro para Leo y para él. Solo el afecto de su abuelo los había salvado. Tal vez se había enamorado de Hattie en la universidad porque necesitaba llenar un vacío en su vida.

Ahora era más adulto, capaz de disfrutar de una relación física sin involucrar sus emociones. Y además, la barrera entre Hattie y él seguía siendo la misma: su deseo de controlarlo todo. Según Hattie, su dinero le daba poder… ¿pero qué esperaba, que lo regalase todo y viviera en una cabaña?

Tal vez, que su dinero estuviera salvando a su sobrina la haría reflexionar, pensó. Tal vez decidiría que estar con un hombre rico no era exactamente un purgatorio.

Luc le tocó el brazo sin poder evitarlo. El deseo de estar con ella era abrumador. Hattie le había pedido protección y la protegería, a ella y a Deedee. Estaba agradecida y se sentía atraída por él, pero eso no era suficiente. Luc quería que lo necesitase, que no quisiera apartarse de su lado.

Su plan era muy simple: disfrutar del lado físico del matrimonio mientras durase, pero manteniendo la distancia emocional. Y

luego…

Luc no quería contemplar el futuro ahora que la vida parecía tan perfecta. Seguirían juntos mientras él quisiera, decidió.

Cuando despertó de nuevo estaba a punto de amanecer y, suspirando, acarició el hombro de su mujer, que dormía boca abajo.

—Despierta, dormilona.

Hattie parpadeó, apoyándose en un codo.

—¿Qué hora es?

—Temprano, pero anoche no cenamos nada y estoy muerto de hambre.

—Ah, yo también.

—He pensado que podríamos ir a bucear esta mañana, ¿qué te parece?

—No lo he hecho nunca. ¿Es difícil?

—No, qué va. Te gustará, ya lo verás. O también podríamos quedarnos en la cama todo el día…

Hattie se levantó de un salto.

—No, ir a bucear suena estupendo. Si no te importa pedir el desayuno, saldré de la ducha en un momento —dijo, antes de entrar en el baño.

Luc rio al verla tan nerviosa. Tomarle el pelo siempre había sido muy divertido. Una pena que hubiera aceptado ir a bucear, podría haberla convencido para que aceptase la segunda opción…

Pensar en la noche anterior lo excitaba y, suspirando, levantó el teléfono para pedir el desayuno. Iba a ser un día muy largo y necesitaba reunir fuerzas.

Hattie se puso un modesto bañador de color coral, una camisa blanca, un pantalón caqui por la rodilla y sandalias de piel marrón.

Cuando se miró al espejo hizo una mueca. Acostarse con el pelo mojado significaba despertar con pelos de loca. Como no podía hacer nada hasta que se lo lavase, lo sujetó en una coleta y se colocó una gorra en la cabeza.

El desayuno acababa de llegar cuando salió del baño. Luc, recién afeitado, le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

Tomaron el desayuno hablando de cosas sin importancia. Luc se mostraba agradable, simpático, como si no hubiera pasado nada.

El sexo era solo algo físico para Luc y debería recordarlo. Y eso significaba salir de la suite lo antes posible.

—Vamos a bucear. Estoy deseando.

Luc no había contratado un barco privado y Hattie se alegró. Estar con más gente la hacía sentir cómoda porque ni siquiera podía mirar a Luc sin recordar cómo sus cuerpos se habían unido la noche anterior…

Casi se podría pensar que eran una pareja de enamorados, locos el uno por el otro.

Y Luc no la ayudaba en su resolución de ser sensata. Era por turnos tierno, afectuoso, burlón. Cada vez más veía al chico del que se había enamorado. Lejos de las presiones y las responsabilices, Luc reía a menudo, se mostraba relajado.

—Póntelas —le dijo, ofreciéndole un par de aletas. —Yo te ayudaré a ponerte el tubo y las gafas.

Todos los demás pasajeros estaban haciendo lo mismo.

—¿Qué pasará si trago agua?

—No te preocupes —dijo él. —Yo estaré a tu lado.

El capitán del barco dio unas sencillas instrucciones, incluyendo la advertencia de que salieran a la superficie si escuchaban un silbido.

Hattie pensaba que se lanzarían por la borda del barco como en las películas, pero el catamarán tenía una escalerilla.

—Vamos, sirena, no queremos perder tiempo —dijo Luc, tomándola del brazo.

Ella no era una gran nadadora y aprender a respirar por el tubo no era tan sencillo, pero la paciencia y la ayuda de Luc la hicieron olvidar sus miedos y pronto estaba descubriendo las maravillas del fondo del mar.

Los colores le parecieron maravillosos. Había corales y peces multicolores grandes y pequeños que se movían tranquilamente entre los visitantes. Hattie y Luc se comunicaban con un golpecito en el brazo cada vez que querían enseñarse algo el uno al otro pero, de repente, Hattie se asustó, tragó agua y tuvo que sacar la cabeza a la superficie.

—¡Un tiburón! —exclamó, después de toser para buscar aire.

Luc se quitó el tubo, riendo.

—Nunca había visto unos ojos más grandes. Creí que ibas a desmayarte en el agua.

—¿No has visto el tiburón?

—Sí, pero era pequeño e inofensivo.

—¿Pequeño?

—¿Qué esperabas, un enorme tiburón blanco como el de la película de Spielberg?

Hattie soltó una carcajada, sintiéndose más feliz que en mucho tiempo.

—Bueno, será mejor que volvamos al barco —dijo Luc, mirando su reloj.

La experiencia había sido asombrosa pero el ejercicio y los nervios la habían dejado agotada.

—¿Ha sido lo que esperabas? —le preguntó él, pasándole un brazo por los hombros cuando estuvieron en cubierta.

—Mucho mejor.

Cuando llegaron al muelle, Luc señaló la terraza de un restaurante.

—Vamos a comer ahí.

—¡Siempre estás pensando en comer!

—No, en realidad estaba pensando en otra cosa pero intento ser un marido considerado —replicó él.

Eso la dejó callada. ¿Qué diría si exigiera volver al hotel y pasar la tarde haciendo lo que habían hecho por la noche?

Tristemente, no tenía valor para hacerlo. En lugar de eso, fingió interés por el restaurante cubano y comió mecánicamente, pensativa. No le gustaba la idea de divorciarse de Luc ¿pero qué otra cosa podía hacer? Habían dejado que el deseo los llevase por un camino peligroso…

—Pensé que tenías hambre —dijo Luc. —Nadar siempre me abre el apetito.

Hattie se encogió de hombros.

—Creo que el calor me afecta. ¿Te importa si volvemos al hotel? Me encantaría darme una ducha.

—Sí, claro, como tú quieras.

Hattie se mordió los labios. ¿Había sonado como una invitación? No había querido que lo fuera.

¿O sí?

Los asientos del coche estaban ardiendo porque no habían podido aparcar a la sombra y Luc bajó la ventanilla para que entrase la brisa.

Cuando bajaron del coche, Marcel los recibió en el patio.

—¿Lo están pasando bien en Key West?

—Es un sitio precioso —respondió Hattie. —Tiene suerte de vivir aquí todo el año.

Marcel asintió mientras cortaba unas buganvillas.

—Solo me molesta vivir aquí durante la temporada de huracanes, pero en Key West hay pocos, por suerte.

Luc frunció el ceño.

—¿Qué dice el informe del tiempo para esta noche y mañana?

—Nada más que cielos limpios y claros. La temperatura perfecta para unas vacaciones.

Hattie precedió a Luc por la escalera, preguntándose por qué se

había puesto tan serio de repente.

—¿Por qué te preocupaba tanto el tiempo?

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Recuerdas las acampadas en la universidad?

—Sí, claro —respondió Hattie, recordando cuántas veces habían ido a las montañas para pasar la noche uno en brazos del otro en el saco de dormir. Habían sido momentos mágicos…

—Podría ser divertido volver a hacerlo.

—¿Con este calor?

—Hay una isla cerca de aquí, con un viejo fuerte. Podríamos acampar allí. Sería una aventura… ¿qué te parece?

Parecía tan entusiasmado que le resultó irresistible. Y, a pesar de que no las tenía todas consigo, Hattie consiguió sonreír.

—Suena divertido.

Capítulo 14

Mientras Luc estaba al teléfono preparando la excursión, Hattie se dio una ducha y llamó a Ana para ver cómo estaba Deedee.

—Está bien, ningún problema —dijo el ama de llaves. —Disfruten de las vacaciones.

Después de cortar la comunicación Hattie miró alrededor. Luc estaba pagando un dineral por aquella suite maravillosa y, sin embargo, quería que fuesen de acampada. Hombres…

Lo encontró en el salón hablando por teléfono.

Él cortó la comunicación y la miró con una sonrisa en los labios.

—Lo he conseguido pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Tenemos que irnos ahora mismo.

—¿En serio?

—Lo tienen todo reservado para esta semana, pero hay un sitio libre en el camping esta noche. Solo hay que llevar ropa de campo y un bañador, así que no tardaremos nada en hacer la maleta.

Suspirando, Hattie tomó un camisón de color lila casi transparente. No era precisamente una prenda para el campo… pero qué demonios, era su luna de miel.

Resultaba fácil entender que Luc fuera un hombre de éxito porque en una hora lo tenía todo preparado: las mochilas, una nevera portátil y el transporte hasta la isla.

Pero al llegar al muelle se quedó sorprendida cuando Luc la llevó hacia una elegante motora.

—Suba a bordo, señora.

La motora debía ser carísima, aunque fuese de alquiler. Y todo era brillante, el casco y el interior de madera.

Luc le dio un chaleco salvavidas de color amarillo.

—¿Tengo que ponérmelo?

—Órdenes del capitán —dijo él.

—¿El fuerte está muy lejos?

—A unas cien millas de aquí.

—¿Tan lejos?

—No te preocupes. Leo y yo aprendimos a pilotar motoras antes de aprender a conducir coches. La villa de mi abuelo está en el lago Como y de niños nos pasábamos el día en el agua. Yo cuidaré de ti, te lo prometo.

Hattie vio varios delfines nadando al lado de la embarcación, su

preciosa piel plateada brillaba bajo el sol.

—¿Ésa es la isla? —le preguntó, señalando un puntito oscuro a lo lejos.

—Sí, estamos en el parque nacional Tortuga Seca.

—Nunca había oído hablar de él.

—Solo es parque nacional desde 1992, así que no me sorprende.

—¿Por qué se llama así?

—Es un grupo de islas que parecen tortugas y se llama Tortuga Seca porque no hay agua dulce en ninguna de ellas.

Hattie miraba alrededor, incrédula. Estaban a cien kilómetros de la civilización, en medio de ninguna parte. En el centro de la isla se levantaba un fuerte de ladrillo de muros hexagonales con un patio de hierba, el perímetro estaba rodeado por un foso.

—El Fuerte Jefferson.

Hattie apoyó las manos en la borda.

—Es increíble.

—Antes era una cárcel. Aquí estuvo encerrado el doctor Mudd, el médico que tuvo la mala fortuna de escayolarle la pierna a John Wilkes Booth después de que asesinara al presidente Lincoln. Por eso lo condenaron a pasar el resto de su vida en este fuerte.

—Qué horror.

Saber que no había posibilidad de escapar de allí debía haber sido una tortura.

—Pero la historia tiene un final feliz —siguió Luc. —Como te puedes imaginar, había todo tipo de enfermedades en la isla: disentería, malaria, viruela, fiebre amarilla… Fue tan horrible que todo el equipo médico falleció.

—¿Murieron todos?

—No, afortunadamente el doctor Mudd sobrevivió. Aun sabiendo que la enfermedad lo mataría, empezó a cuidar de los soldados y salvó docenas de vidas. Por su heroísmo, recibió el indulto y pudo volver a su casa.

Hattie miró alrededor. Ella no era una persona supersticiosa pero la isla, aunque bonita, tenía un aura de sufrimiento. El doctor Mudd, sin embargo, había conseguido otra oportunidad. ¿Tendrían Luc y ella esa suerte?

Uno de los guardias del parque los ayudó a montar la tienda de campaña y Hattie vio que a unos cincuenta metros de ellos una familia con dos niños ya había montado la suya.

—¿Lista para nadar un rato?

—Pensé que íbamos a explorar el fuerte.

—Como quieras. Tal vez allí se esté un poco más fresco.

Armados con las cámaras de fotos y las botellas de agua, entraron en el viejo edificio. Las habitaciones silenciosas casi olían

a desesperación. Las gruesas paredes bloqueaban el sol y el calor pero al mismo tiempo creaban una atmósfera opresiva. No había muebles y las cámaras vacías parecían repetir el eco de voces del pasado.

—Necesito ver el cielo —dijo Hattie, angustiada. —¿Podemos subir al faro?

—Hace un calor terrible, el faro está inactivo y yo necesito darme un baño.

—Cobarde —bromeó Hattie. Pero se dejo persuadir para ir a nadar.

En la tienda de campaña no había mucho sitio para cambiarse y Luc decidió esperar fuera.

—Cámbiate tú primero.

Hattie no tardó mucho en hacerlo y luego esperó a que Luc se pusiera el bañador. Pero cuando salió de la tienda se quedó sin aliento. Llevaba un bañador negro que dejaba poco a la imaginación…

Nadaron alrededor del fuerte, donde era más fácil bucear porque podía poner el pie en el suelo si se asustaba por algo. Los otros excursionistas nadaban en otra zona, sin molestarse unos a otros.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó Luc.

—Sí, mucho.

—Había pensado volver a la tienda para preparar la barbacoa. ¿Te importa?

—No, no. Yo seguiré nadando un rato para abrir el apetito.

De repente, Luc la apretó contra su torso.

—Yo también —murmuró, antes de darle un beso que la dejó mareada.

Hattie cerró los ojos, echándole los brazos al cuello.

—Bueno, no sé si tengo fuerzas para salir del agua —dijo él después, apoyando la barbilla sobre su cabeza. —Tú sabes lo que va a pasar esta noche.

Ella asintió con la cabeza, sin decir nada, apretaba la cara contra el torso masculino.

—Muy bien, nos vemos dentro de un rato.

Una hora después cenaban en el campamento. Hattie debería haber imaginado que un Cavallo no prepararía algo tan plebeyo como salchichas o hamburguesas. No, Luc hizo chuletas de la mejor calidad y gambas a la barbacoa con una ensalada de patata.

—No recuerdo haber comido tan bien cuando íbamos de acampada —bromeó.

—Mis gustos han madurado.

Hattie se sentía relajada y, sin embargo, notaba la tensión que

había entre ellos. Luc le ofreció fresas cubiertas de chocolate como postre y mordió una con cuidado, chupando el dulce líquido…

—No hagas eso —dijo Luc, con voz ronca. —No seas mala.

—¿A qué te refieres?

Unos minutos después, el guardia del parque se acercó para decirles que volvía a tierra y que no habría nadie de guardia en el fuerte esa noche.

Luc sugirió que fuesen a dar un paseo en la motora. El sol empezaba a ponerse y Hattie preparó la cámara de fotos. Echaron el ancla en aguas profundas y mientras ella bajaba por la escalerilla Luc se lanzó al agua de cabeza. Nadaron y jugaron alrededor del barco hasta que el sol empezó a ponerse y, de vuelta a cubierta, Hattie se puso una camiseta sobre el bañador, la brisa hacía que sintiera escalofríos.

Cuando llegaron al camping comprobaron que el resto de los excursionistas, incluida la familia con los dos niños, se habían ido, de modo que estarían solos allí por la noche.

Por primera vez, Luc y ella iban a estar completamente solos.

Él tomó una linterna.

—Vamos a dar un paseo —le dijo cuando se hubieron cambiado de ropa.

Se acercaron al fuerte para mirar el mar desde una de las murallas y Luc le advirtió que mirase por dónde pisaba. Aunque el camino no era muy estrecho, la idea de caerse al mar de noche era aterradora.

Poco después se sentaron sobre una roca desde la que podían ver el faro de Key West que, periódicamente, lanzaba un haz de luz para advertir a los barcos sobre los arrecifes de coral a los barcos.

Se quedaron en silencio unos minutos y, por fin, Hattie susurró:

—Es como si fuéramos las dos únicas personas en el mundo, ¿verdad?

—¿Quieres que volvamos?

—No, no —Hattie se apoyó en su hombro. —Es un sitio precioso y este silencio me gusta. Da un poco de miedo, la verdad, pero no me lo hubiera perdido por nada del mundo. ¿Te puedes imaginar cómo será durante un huracán?

Luc soltó una carcajada.

—No quiero ni imaginármelo.

Poco después, como si se hubieran puesto de acuerdo, se levantaron para volver al campamento. Después de una rápida visita a los espartanos baños volvieron a la tienda y se quedaron mirándose el uno al otro.

Luc levantó una mano para acariciarle la cara.

—Aún puedes cambiar de opinión. Si quieres, podemos volver a

Key West.

Ella dio un paso adelante, poniéndole una mano en el torso.

—Te deseo, Luc. Esta noche.

Capítulo 15

Luc dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

—¿Necesitas unos minutos para cambiarte?

—Sí —murmuró ella, tragando saliva.

—Toma, llévate la linterna.

Cuando entró en la tienda de campaña vio que Luc había colocado los dos sacos de dormir en el suelo sobre un colchón de aire. Como hacía demasiado calor para dormir dentro de los sacos, también había llevado sábanas del hotel… y un par de almohadones envueltos en fundas blancas. El resultado parecía salido de *Memorias de África* o *Pretty Woman*, un lugar destinado para la seducción.

Antes, Hattie había visto la tienda de campaña como un sitio agradable y acogedor. Ahora, con Luc esperando fuera, le parecía sorprendentemente claustrofóbica, especialmente cuando imaginaba a Luc en su interior.

Mojando un paño con agua mineral, se quitó un poco la sal marina y luego se lo pasó a él por la puertecita de la tienda.

—Ah, gracias.

Hattie volvió al interior y se puso el camisón lila, disfrutando del roce de la seda sobre su piel. Cuando terminó, guardó la linterna bajo la almohada, dejando que un haz de luz iluminase el interior.

—Ya estoy lista —lo llamó, con el pulso acelerado.

Luc entró en la tienda. Desnudo.

El corazón de Hattie se detuvo durante un segundo y luego se lanzó al galope. Ni siquiera la oscuridad del interior podía disimular sus impresionantes atributos.

Sin decir nada, Luc se tumbó de costado para mirarla. Parecía un modelo, pensó. Pero era real… y estaba allí, en carne y hueso.

Hattie permaneció sentada, con la espalda tiesa y las piernas paralizadas.

—Estás demasiado lejos —se quejó él.

Hattie se acercó un poco más, pero dejando cierta distancia entre los dos. Luc alargó una mano para acariciarle el muslo pero luego la apartó para tomar la linterna.

—Quítate el camisón. Poco a poco.

Hattie no podía ver su cara, solo la silueta de su cuerpo y, sin dudar, levantó una mano para bajarle el tirante del camisón.

—Ahora, el otro.

Ella bajó el segundo tirante pero sujetó el camisón para que permaneciera en su sitio.

—Ahora quítatelo todo —dijo Luc, con voz ronca.

Hattie se puso de rodillas para quitarse la prenda, notando que Luc contenía el aliento. El haz de luz de la linterna hacía círculos sobre uno de sus pechos y luego sobre el otro…

—Ven aquí.

Ella obedeció, cayendo sobre su torso, con una de las manos entre las piernas de Luc, aunque no había sido a propósito.

Él buscó sus labios en un beso rabioso y exigente, explorándose y mordisqueándose hasta que los dos estuvieron sin aliento.

Luc buscó un preservativo y le agarró el trasero para colocarla sobre él a horcajadas.

Había soñado muchas veces volver a estar con Luc durante esos diez años pero sus fantasías no se aproximaban a la realidad.

—Oh, Luc… —susurró cuando lo tuvo dentro.

—¿Te hago daño?

—No, no —Hattie rio mientras rozaba sus tetillas con las uñas. La conexión era asombrosa, ella ajustándose a su posesión, él intentando mantener el control.

Luc levantó las manos para acariciarle los pechos mientras se apartaba casi del todo… para volver a entrar más profundamente después, iniciando un ritmo que los llevó a los dos al clímax.

Hattie lo oyó gritar mientras se vaciaba dentro de ella pero su orgasmo fue tan poderoso que era incapaz de concentrarse en nada que no fuera su propio placer.

Luc estaba inmóvil, intentando recuperarse de los efectos del huracán Hattie. Su abandono lo llenaba de masculina satisfacción… pero al mismo tiempo tuvo la aterradora certeza de que había vuelto a enamorarse de ella. Allí, alejados de su oficina, de las presiones de Atlanta, todo estaba tan claro. Él no necesitaba cosas para ser feliz, ni dinero ni restaurantes caros… ni su trabajo siquiera.

Una máquina del tiempo no podría haberlo llevado atrás con más éxito que aquel falso matrimonio y aquella luna de miel. Hattie llenaba su vida de una emoción que solo había experimentado una vez. Ella lo hacía reír, le daba alegría, pasión.

Pero nada había cambiado. Él seguía siendo un hombre rico y ella seguía temiendo que pudiese controlarla.

Deedee era el pegamento que unía ese frágil castillo de naipes y a menos que pudiera convencer a Hattie de que el sexo cubría

multitud de pecados, solo era una cuestión de tiempo que lo dejase.

Luc suspiró mientras le pasaba una mano por la espalda, apartándose un poco. No porque no le gustase estar pegado a ella sino porque su proximidad hacía que le costase trabajo pensar. Pero si hacía las cosas bien podría atarlo a él de tal forma que no pudiera escapar.

Solo debía convencerla de que eran compatibles en la cama y podrían serlo también en la vida diaria. Que el sexo increíble solo era una señal de que estaban hechos el uno para el otro, que tenían más en común de lo que ella creía.

Pero cuando Hattie le puso una mano en el muslo, Luc perdió todo deseo de seguir pensando. Sus curiosos dedos encontraron un miembro parcialmente erecto que empezó a explorar… sus manos eran como alas de mariposa, acariciando, tocando, probando. Luc apretó los dientes para controlarse cuando encontró un punto especialmente sensible.

—Hattie…

—¿Sí?

Luc le enredó los dedos en el pelo, inclinando la cabeza para buscar sus labios. Pero esta vez fue ella quien se mostró exigente, apasionada, y Luc tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominarse, decidido a darle ternura y atención esta vez.

Trazó su ombligo con la lengua y los labios y, sujetando sus caderas, inclinó la cabeza un poco más. Hattie arqueó la espalda al notar el primer roce de su lengua en el punto más sensible y, unos segundos después, se rompió en un clímax que la envolvió como una ola gigante.

Luc tiró de ella para apoyarla contra su torso.

Hattie levantó la cabeza y Luc buscó sus labios en un beso largo y tierno que enseguida se volvió apasionado. Se colocó sobre ella, atrapando sus dos manos con una suya y levantándolas por encima de su cabeza. Con la mano libre acariciaba sus pechos evitando sus pezones, excitándola deliberadamente.

Cuando sus gemidos le dijeron que estaba preparada para él, metió una mano entre sus piernas. Su deseo se había vuelto un torrente que necesitaba ser liberado cuanto antes.

A toda velocidad, se puso un preservativo y le abrió las piernas con una rodilla, mirándola a los ojos.

—Dime que me deseas, Hattie —le ordenó, con voz ronca. —Suplícame.

Ella abrió las piernas un poco más pero Luc se apartó.

—Dilo, Hattie.

—Por favor, Luc, hazme tuya.

Él se echó hacia delante, temblando cuando ella le enredó las

piernas a la cintura. Y supo entonces que no sería posible ir despacio, nunca sería posible con Hattie. La penetró y empujó con fuerza una y otra vez hasta que una ola gigante se lo llevó, borrando cualquier otro pensamiento que no fuera: «Hattie es mía».

Intentó aguantar un poco, prolongar la exquisita sensación unos segundos más, pero no fue posible. Suspirando roncamente, se dejó ir, el placer se alargó durante unos segundos que le parecieron interminables.

Después la abrazó, respirando agitadamente, sus cuerpos cubiertos de sudor. Con su última gota de energía, Luc tiró de la sábana para cubrirlos a los dos y se rindió al sueño en los brazos de aquella mujer, la única para él.

Capítulo 16

Unas horas después, Hattie se puso una camiseta y unas braguitas para salir de la tienda de campaña. El escozor que sentía entre las piernas le recordaba lo que había ocurrido unas horas antes…

Después de ir al cuarto de baño, se quedó admirando la luz gris del amanecer. La playa estaba cubierta de pájaros y sus graznidos eran como un eco de sus confusos sentimientos. ¿Qué iba a hacer? Ya no había ninguna duda sobre sus sentimientos por Luc. Acostarse con él la noche anterior había sido a la vez la experiencia más erótica y lo más estúpido que había hecho en toda su vida.

Tal vez algún día podría encontrar un hombre tan inteligente como Luc, tan amable, tan guapo, tan divertido, tan honesto… tal vez. Pero sabía con total certeza que lo que compartía con Luc no podría compartirlo con ningún otro hombre. En la universidad había sido un buen amante, pero después de diez años el sexo era mejor que nunca. Y ella no había esperado esa intensidad, esa intimidad; la sensación de que estaban unidos en cuerpo y alma.

Pero eso era un problema porque su relación era temporal y, supuestamente, pragmática. No quería sentir esa conexión con él….

Por mucho que estuviera disfrutando de esa inesperada luna de miel, su cerebro le decía que debía marcharse.

Miró por encima del hombro la pequeña tienda de campaña azul bajo la niebla. En unas horas, la tienda sería desmantelada, como su matrimonio, y en el campamento no quedaría nada, ni rastro del sitio en el que Hattie Parker había entregado su corazón a Luc Cavallo.

Pero los corazones curaban, ¿no? Y la vida seguía adelante. Ella volvería a su trabajo y cuidaría de Deedee. Y tal vez ese final no sería tan doloroso como diez años antes. Tal vez las sonrisas de Deedee serían suficientes.

Luc y ella podían seguir siendo amigos y, si no, tendría los recuerdos. Y, con un poco de suerte, tal vez algún día conocería a un hombre que la quisiera. Un hombre que nunca estaría a la altura de Luc Cavallo.

Luc supo sin abrir los ojos que Hattie no estaba a su lado. Incluso dormido había sentido el calor de su cuerpo, el peso de la

cabeza femenina sobre su torso. Durante la noche habían hecho el amor dos veces más, en silencio la primera vez; la segunda rápidamente, casi con desesperación.

Pero estaba claro que Hattie necesitaba estar sola, que no quería verlo. Y él lo entendía pero no le gustaba, pensó, pasando una mano por el almohadón, en el que se había quedado su perfume.

Suspirando, se levantó para ponerse los calzoncillos y salió de la tienda de campaña. La vio mirando el mar y la abrazó por la cintura, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días, Luc —murmuró ella.

—¿Te apetece desayunar?

—La verdad es que podría comerme un caballo.

Hicieron el desayuno juntos, Hattie cortando la fruta que habían llevado mientras Luc tostaba pan en la barbacoa. A las diez, todo estaba guardado y la tienda doblada. Luc sugirió que fueran a visitar el faro pero Hattie negó con la cabeza, arguyendo que estaba cansada y quería volver al hotel.

Él acababa de vivir una de las noches más fabulosas de su vida pero Hattie lo trataba casi como si fuera su hermano.

Volvieron a Key West casi en silencio. Hattie iba mirando el mar, la visera le ocultaba los ojos. Las oscuras nubes amenazaban tormenta y Luc tenía que mantener las dos manos en el timón para saltar las olas.

Atracar y volver al Flamingo's Rest le pareció una tarea interminable. Luc estaba dispuesto a decir algo, temiendo perder a Hattie si no lo hacía. Pero no sabía qué decir.

—Gracias por llevarme al fuerte —dijo ella cuando estuvieron en la habitación. —Lo he pasado muy bien.

—Espero que también lo hayas pasado bien conmigo.

Hattie apartó la mirada.

—Sí, claro.

Luc metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Yo diría que ha sido asombroso, ¿no?

—Por supuesto —murmuró ella, poniéndose colorada.

—Pues imagina lo que podríamos hacer en esa cama tan grande, con sábanas limpias y velas.

Cuando dio un paso adelante, Hattie dio un paso atrás hasta que sus piernas chocaron con el sofá.

—Dame un beso.

Sus oscuros ojos estaban llenos de secretos…

—¿De verdad crees que podríamos conformarnos con un beso?

Luc inclinó la cabeza para besarla en el cuello.

—¿Eso importa?

—Tenemos que ducharnos —protestó ella. —Yo necesito darme una ducha.

—No me había dado cuenta.

Hattie suspiró mientras Luc metía la mano bajo la camiseta para acariciarle los pechos por encima del sujetador, pellizcándole los pezones…

—Luc… de verdad. Necesito darme una ducha.

Él miró el reloj, suspirando.

—Muy bien, como quieras. Tengo que hacer un par de llamadas pero no tardaré mucho, te lo prometo.

Aunque lo único que deseaba era llevarla al dormitorio, tuvo que controlarse. A menos que supiera con seguridad que Hattie estaba enamorada de él, lo mejor sería contener su entusiasmo.

Pero no pudo resistirse al deseo de cortejarla.

—¿Por qué no eliges un buen restaurante para cenar? Así podremos hablar de nuestra situación, tal vez bailar un poco…

—Eso estaría bien.

—Y podemos relajarnos en la piscina por la tarde. Le diré a Marcel que nos baje el almuerzo.

—Muy bien.

Hattie se dio la vuelta para ir al baño.

—Podríamos ducharnos juntos —sugirió Luc entonces.

Hattie negó con la cabeza.

—Ve a hacer esas llamadas. Tenemos mucho tiempo.

Él la dejó ir. Era suya en cuerpo y alma, pensó. Tal vez aún no lo sabía pero pelearía sucio si hacía falta para tenerla. No podía perderla de nuevo.

Hattie se metió bajo el grifo de la ducha y cerró los ojos, encantada.

Le gustaría dormir un rato pero no estaba dispuesta a perder un día de sol de modo que, después de ducharse, se puso un albornoz y buscó en la maleta el único bañador que aún no se había puesto. No era nada llamativo pero la tela dorada se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Cuando Luc apareció en la puerta, la miró, boquiabierto.

—Dime que no vas a ponerte eso fuera de la habitación.

Hattie sonrió.

—Pensé que te gustaría.

—Y me encanta. Madre mía, parece como si estuvieras desnuda. ¿Seguro que quieres bajar a la piscina? Aquí se está muy bien.

Aunque su voz ronca hizo que se le doblaran las rodillas, Hattie se apartó.

—Quiero volver a casa un poco morena, así que no vas a distraerme con tus encantos masculinos.

Luc levantó una ceja.

—¿Te parezco encantador?

—Creo que eso ha quedado bien claro.

Él rio y, durante un segundo, Hattie se preguntó si sentiría por ella algo más que deseo. Pero nada de lo que había dicho contradecía su plan de que el matrimonio fuese algo temporal.

Le gustaría tanto decir las palabras que guardaba en su corazón… pero tenía miedo.

Cuando sonó el móvil de Luc se dirigió a la puerta para que pudiese hablar tranquilamente.

—Estaré en la piscina…

El tono de preocupación de Luc hizo que se detuviera antes de salir. La conversación fue breve y cuando cortó la comunicación su expresión era muy seria.

—¿Qué ocurre?

—Deedee tiene fiebre.

—Dios mío. ¿Es muy alta?

—Treinta y ocho. Seguramente será algún virus… Ana va a llevarla al pediatra ahora mismo.

—¿Te importa si volvemos a casa? Necesito estar con Deedee…

Luc asintió con la cabeza.

Capítulo 17

Era casi medianoche cuando volvieron a Atlanta. Leo los esperaba en el aeropuerto para llevarlos a casa y Luc y él se sentaron delante mientras Hattie iba en el asiento de atrás.

Leo miró por encima de su hombro.

—¿Qué tal en Key West?

—Muy bien —respondió ella.

Una vez en casa, Leo los ayudó con el equipaje y después de despedirse le dio un beso en la mejilla.

—Llámame para contarme qué tal está Deedee.

—Sí, claro.

Ana los recibió en el vestíbulo.

—Deedee está durmiendo —le contó. —El médico ha dicho que tiene una infección de oído…

Hattie se llevó una mano al corazón.

—Dios mío.

—No te preocupes —intentó tranquilizarla Luc. —Seguro que no será nada importante. Gracias, Ana, Hattie y yo nos encargaremos de la niña para que tú puedas descansar un poco.

—En la mesilla están las medicinas y las horas a las que hay que dárselas. Y he dejado un biberón preparado.

—Gracias.

Una vez en la habitación, Hattie se acercó a la cuna sin hacer ruido. Deedee dormía profundamente, con el culito levantado, como era su costumbre.

—Está bien, ¿lo ves? —dijo Luc. —¿Por qué no te pones el camisón? Es tarde.

Hattie le puso una mano en la frente a la niña.

—Sigue estando muy caliente.

—Está tomando antibióticos y podemos poner el despertador para la siguiente toma. Venga, ve a cambiarte, está agotada.

—Muy bien.

Después de una ducha rápida, Hattie se puso un camisón más discreto que el que había llevado a Key West. Ahora que estaban en casa se sentía insegura, como una adolescente preguntándose si le gustaba a un chico. Todo le había parecido tan sencillo, tan natural en la isla.

Pero de vuelta en el territorio de Luc, volvían todas sus aprensiones. ¿Esperaría que compartiesen habitación?, se preguntó.

Pensativa, volvió a la habitación de Deedee… y se quedó inmóvil en la puerta. Porque sentado en la mecedora, en medio de aquella habitación pintada con nubes y dibujitos infantiles, estaba Luc, con Deedee en brazos.

El contraste entre aquel hombre tan grande y el diminuto bebé hizo que se le encogiera el corazón. Aquello era lo que Leo había temido, que Luc se encariñase con Deedee.

El propio Luc había dicho que entendía el lazo entre padres e hijos y, evidentemente, su sobrina le había robado el corazón. Y al ver juntas a las dos personas a las que más quería en el mundo, Hattie se dio cuenta de que tenía un serio problema.

Luc ya no creía en el amor romántico y tal vez ella era la responsable de eso. Pero si se había encariñado con Deedee, ¿cómo iba a llevarse a la niña cuando llegase el momento? ¿Cómo iba a romperle el corazón por segunda vez?

Luc estaba canturreando una nana y, al escuchar su voz ronca, se emocionó. Antes de hablar, tuvo que aclararse la garganta:

—Yo me quedaré con ella si quieres ducharte.

Luc levantó la mirada.

—¿Vas a dormir en mi habitación?

Su marido era de los que siempre iban al grano.

—Pues… —Hattie no sabía qué decir.

—No te preocupes —la interrumpió él. —Los dos estamos cansados pero te ayudaré con la niña por la noche.

Antes de que Hattie pudiera decir que quería dormir con él, Luc metió a Deedee en la cuna y salió de la habitación.

¿Habría herido sus sentimientos?, se preguntó. Esa pregunta la había pillado desprevenida pero quería estar con él…

Sin embargo, ya no podían usar la luna de miel como pretexto para acostarse juntos. Estaban de vuelta en la realidad y Luc se había casado con ella para proteger a Deedee. Nada más.

Hattie subió el volumen del monitor y después de comprobar que Deedee seguía durmiendo salió de la habitación con el corazón encogido. La enorme cama, que le había parecido tan lujosa y cómoda la semana anterior, le parecía ahora un instrumento de tortura.

Dio vueltas y vueltas durante horas, apartando el embozo porque sentía calor. Echaba de menos a Luc, su cuerpo fuerte y poderoso. ¿Qué quería Luc de ella? Hattie no dejaba de preguntarse si debían seguir acostándose juntos ahora que estaban de vuelta en casa. Ana y Sherman lo sabrían… y probablemente Leo también. Era imposible mantener algo así en secreto.

¿Y qué pasaría cuando se hubiera resuelto la situación con Eddie?

A la mañana siguiente, Deedee parecía estar mejor y Luc jugó con ella durante media hora antes de anunciar que se iba a la oficina.

Hattie frunció el ceño mientras lo seguía hasta el vestíbulo.

—Se supone que sigues de luna de miel, no te esperarán en la oficina.

—Pero tengo que volver —dijo él. —Seguramente tendré miles de asuntos esperando y lo mejor será empezar cuanto antes.

Hattie no sabía qué decir para retenerlo, de modo que se quedó frente a la ventana, viendo cómo el coche de su marido desaparecía por el camino…

Entonces le sonó el móvil pero no reconocía el número que aparecía en la pantalla.

—¿Dígame?

—¿Señora Cavallo?

—Sí, soy yo.

Con qué facilidad se había acostumbrado a ese nombre…

—Soy Harvey Sharpton. Trabajo para su marido y tengo buenas noticias para usted.

Hattie se llevó una mano al corazón.

—Dígame.

—El padre de Deedee ha metido la pata hasta el fondo esta vez.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Otra detención por conducir bajo los efectos del alcohol. Atropelló a un transeúnte y salió huyendo…

—Qué horror…

—La policía lo detuvo poco después y como era la segunda vez, el juez dictó prisión preventiva. Y cuando llevamos a la testigo de la petición de su hermana, decidió otorgarle a usted la custodia de la niña.

Hattie apenas podía hablar.

—Muchísimas gracias.

—Tiene que firmar unos documentos…

—Sí, sí, por supuesto. Le llamaré mañana a primera hora. Y le agradezco mucho que haya llamado.

Hattie se dejó caer sobre el último escalón de la escalera y enterró la cara entre las manos, sintiendo un alivio abrumador. Quería contárselo a Luc inmediatamente, necesitaba compartir esa alegría con la única persona que podía entenderla.

Pero Luc se había ido.

Durante todo el día estuvo ensayando lo que le iba a decir. Cuarenta y ocho horas antes hubiera sido mucho más fácil. El Luc con el que había hecho el amor durante su luna de miel era mucho más cercano que el serio empresario en el que se había convertido al llegar a Atlanta.

Cuando no llegó a casa a la hora de cenar empezó a preocuparse. Tal vez estaba siendo una ingenua, haciendo castillos en el aire en lugar de planear un futuro sin Luc, se decía.

Por fin, a las once, se fue a la cama y consiguió dormir. Pero despertó de madrugada al escuchar un ruido, tal vez el de una puerta al cerrarse.

Hattie miró el reloj de la mesilla. Era hora de darle a Deedee su medicina y, sin ponerse el albornoz, salió al pasillo y entró en la habitación de la niña.

Y, por segunda, vez encontró a Luc con Deedee en brazos. Estaba de pie al lado de la cuna, dándole golpecitos en la espalda.

Solo llevaba puestos los calzoncillos y, a pesar de la hora y el cansancio, Hattie tuvo que tragar saliva.

—No sabía que hubieras vuelto.

Luc se volvió.

—Acabo de darle la medicina. Pensé que estabas dormida —murmuró, besando a la niña antes de dejarla en la cuna.

—Ya no tiene fiebre, así que no debes preocuparte.

Deedee no era la mayor preocupación de Hattie en ese momento. Su preocupación era Luc, que se mostraba frío y distante.

—Me alegro de que estés en casa.

Él se encogió de hombros.

—La niña me necesita.

Hattie no sabía qué decir. Era como si estuviese intentando hacerle daño a propósito. Y lo estaba consiguiendo.

Pero había descubierto muchas cosas sobre él en Key West y sabía que bajo esa fachada de hombre seguro de sí mismo seguía estando el joven Luc, el que había sufrido, el que había aprendido a esconder su lado más vulnerable.

Hattie dio un paso en su dirección.

—No podía dormir y… no podía hacerlo porque tú no estabas a mi lado.

Hattie estaba yendo a él por propia voluntad.

Luc estaba casi seguro de que lo amaba; las mujeres no podían esconder esas cosas. Hattie no se acostaba con nadie y, aunque fuera su marido, no compartiría cama con él solo por el sexo.

¿Entonces por qué vacilaba?

«Hazlo, dile que se vaya al infierno. Dile que no necesitas una esposa, que no la quieres».

¿Creería Hattie esa mentira?

¿O tal vez debería empezar a creer en un futuro para los dos? ¿Una hija, una familia, un final feliz?

Pero todas las personas que lo querían lo habían dejado: sus padres, Hattie… si la dejaba entrar en su corazón y luego la perdía no sería capaz de sobrevivir.

—Tal vez deberíamos sopesar nuestra relación.

—No te entiendo —dijo ella.

—Yo tengo mucho trabajo en la oficina y tú tendrás que pasar tiempo con Deedee.

Hattie se puso pálida.

—¿Entonces solo me has utilizado en Key West porque te resultaba conveniente?

—No me conviertas en el malo de la película —replicó él. —Yo creo que nos utilizamos el uno al otro. Tú estabas más que dispuesta.

—Eres un egoísta… —Hattie no pudo terminar la frase.

—Te he dado lo que querías. Deedee y tú estáis a salvo. No me pidas la luna, Hattie.

Capítulo 18

«No me pidas la luna, Hattie».

Esas palabras daban vueltas y vueltas en su cabeza. Apenas había pegado ojo pero cuando amaneció por fin sabía lo que debía hacer. Tendría que ser una operación secreta, Ana y Sherman no podían estar presentes.

Desayunó como pudo, casi incapaz de probar bocado. A pesar de la risa alegre de Deedee, Luc y Hattie apenas intercambiaron una palabra.

A las diez, la casa estaba vacía. Ana y Sherman se habían ido al mercado, Patti estaba de vuelta en la universidad y Luc en la oficina. En cuanto Deedee se quedó dormida, Hattie empezó a hacer el equipaje con el corazón encogido. Cuando las maletas estaban en el coche, sacó a Deedee de la cuna y la sentó en la sillita de seguridad.

Conducía sin pensar, con el corazón roto. Luc nunca volvería a amarla. Ella había matado esos sentimientos cuando lo dejó y, si se quedaba en su casa un día más, sufriría lo indecible. La había ayudado cuando más lo necesitaba, pero Deedee y ella debían empezar su vida solas.

¿Dónde podía ir?, se preguntaba mientras recorría kilómetros por la autopista. ¿Cuál era el siguiente paso? Tenía un montón de tarjetas de crédito ¿pero y si Luc las había cancelado?

A toda prisa, hizo un recuento de sus posesiones y el dinero que llevaba en el bolso… tal vez cuatrocientos dólares. No le durarían mucho pero tenía que ir a algún sitio donde nadie pudiese encontrarla. Al menos hasta que decidiera qué iba a hacer con su vida.

Luc se echó hacia atrás en el sillón, pasándose una mano por el cuello. Tenía un terrible dolor de cabeza pero, afortunadamente, Leo iba a cenar con ellos esa noche. Su compañía sería una bienvenida distracción porque Hattie y él apenas hablaban.

Por primera vez desde que volvieron de su luna de miel, Luc llegó a casa a las cinco y media, con Leo detrás.

—Siento llegar tan temprano pero tenía una reunión en esta zona de la ciudad y no merecía la pena volver a la oficina.

Luc lo llevó a la biblioteca y sirvió dos *whiskys*.

—No pasa nada. Deedee está mucho mejor y Ana dice que Hattie debe haberse ido de compras con la niña. Aún no han vuelto, así que tenemos tiempo de relajarnos antes de cenar.

Leo se sentó en el espacioso sofá y tomó un trago de *whisky*.

—¿Qué tal os lleváis?

—Bien —contestó Luc, sin mirarlo.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Esto qué es, un consultorio amoroso? No sé lo que es el amor.

—Nuestros abogados podían hacer que Hattie consiguiera la custodia de Deedee, de modo que casarte ha sido totalmente innecesario. ¿Por qué te has casado entonces?

Luc se había hecho esa misma pregunta muchas veces y la repuesta estaba clara pero era demasiado pronto para decírselo a su hermano.

—Era lo que debía hacer para proteger a la niña.

—Sí, de acuerdo. Sé que siempre te ha gustado hacerte el héroe, pero tiene que haber algo más.

Sherman apareció entonces en la puerta.

—Perdone, señor Cavallo, Ana ha encontrado esta nota para usted en la cocina.

Luc abrió el sobre y leyó la nota, sin entender…

—¿Qué ocurre? —le preguntó Leo.

—Hattie se ha ido. Ha conseguido la custodia de Deedee y se ha ido.

Su hermano le quitó el papel de la mano y, después de leer la nota, soltó una palabrota.

—La encontraremos. No puede estar muy lejos.

Pero no la encontraron. Paso un día, luego dos y tres. El móvil de Hattie estaba apagado y no había actividad en ninguna de sus tarjetas de crédito. Era como si Deedee y ella hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

Luc sobrevivía a base de café y tres horas de sueño cada noche. Su frustración con la policía era enorme pero incluso él debía admitir que, aparentemente, Hattie no quería que la encontraran. Se había marchado por propia voluntad, llevándose con ella su corazón.

Leo lo ayudó todo lo posible. Se mudó a su casa y contrataron a los mejores detectives de Atlanta, pero los informes no eran ningún consuelo.

Cuando una persona quería desaparecer podían tardar semanas, incluso meses, en encontrarla.

El cuarto día, sin embargo, hallaron una pista. En su prisa por marcharse, Hattie se había dejado en casa los antibióticos de Deedee.

Los detectives empezaron a indagar y a las dos de la tarde del quinto día, Luc supo que una mujer había llamado a la consulta para pedir esos medicamentos.

—Dígame que tiene información —le espetó al detective, prácticamente agarrándolo por la pechera de la camisa.

—La llamada se hizo desde un hostal en Marietta. Aquí está la dirección.

Hattie paseaba de un lado a otro de la habitación, intentando consolar a Deedee, que no dejaba de llorar. Había vuelto a darle los antibióticos pero seguramente no empezarían a hacer efecto hasta veinticuatro horas más tarde.

Cuando Deedee se puso enferma por primera vez había tenido el apoyo de Luc, pero ahora estaba sola y la angustia y la desolación eran insoportables.

Por fin, Deedee se durmió y Hattie se había tumbado en la cama para descansar un rato cuando sonó un golpecito en la puerta.

Hattie se levantó para poner el ojo en la mirilla…

¡Luc!

—He visto tu coche en el aparcamiento y sé que estás ahí. Abre la puerta, Hattie.

Como un robot, ella abrió la puerta y Luc entró en la habitación llevando con él el viento y lluvia.

Estaba pálido y su cabello estaba despeinado.

—¿Qué quieres?

—Te quiero a ti —respondió él.

—Mentira —dijo Hattie. Pero vio que se echaba hacia atrás, como si lo hubiera abofeteado.

Luc se pasó una mano por el pelo.

—Cometí un error, tenía miedo de decirte lo que sentía. Pero no quería que te fueras.

—No soy tonta, sé que solo te casaste conmigo para poder controlarme. Para vengarte por lo que pasó hace diez años.

Luc dio un paso adelante pero ella lo detuvo levantando un brazo.

—Eso duró diez minutos —dijo por fin. —Me decía a mí mismo que quería hacerte tanto daño como tú me lo habías hecho a mí pero no era verdad. No quería que te fueras, Hattie.

—Sé que he conseguido la custodia de Deedee, de modo que ya no necesito tu ayuda. Es hora de separarnos.

Él se sentó al borde de la cama, suspirando.

—¿Y si yo te necesitara a ti?

Tontamente, el corazón de Hattie empezó a albergar esperanzas, pero las aplastó sin piedad.

—Tú puedes comprar todo lo que necesites.

—Supongo que eso era lo que creías hace diez años pero no era cierto entonces y no lo es ahora. Mi dinero no me da control sobre ti, Hattie. Eres tú quien tiene el poder en esta relación.

—Soy una madre soltera sin trabajo ni casa.

—Tienes una casa —dijo él. —Y un marido que te quiere.

—¿Me quieres?

—Nunca he querido a nadie más que a ti.

Una lágrima le rodó por la mejilla.

—Sé que te traté mal hace diez años —empezó a decir Hattie. —No debería haber rechazado tu amor…

—Y yo debería haberte dicho las palabras que querías escuchar, pero tenía miedo. Tú tenías el poder de destruirme, sigues teniéndolo.

—Pero me odias por lo que te hice.

—Intenté odiarte durante años —admitió Luc. —Pero no sirvió de nada. Cuando apareciste en mi oficina aquel día fue como si la vida me diera otra oportunidad. Te quiero, Hattie. Nunca he dejado de quererte, tienes que creerme.

—¿O qué?

—O voy a tener que comprar este hotel, cerrar la puerta con llave y hacerte el amor hasta que entres en razón.

Hattie temblaba. Quería creerlo con todo su corazón, pero…

—No quiero una relación en la que los dos intentemos llevar el control. No quiero juegos ni mentiras. Necesito una relación de igual a igual. Si decido volver a mi trabajo, no quiero tener que discutir contigo. Y me vestiré como me apetezca.

—Por supuesto —asintió él. —Tú tomarás todas las decisiones a partir de ahora.

—Mentiroso.

Riendo, Luc tiró de ella para darle un beso tan tierno que Hattie se derritió.

—Te quiero, Hattie Parker.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Te quiero, Luc Cavallo. ¿Me has perdonado?

—Hace mucho tiempo —respondió él. —Tal vez los dos teníamos que hacernos mayores. Tal vez debíamos ser las personas que somos ahora para amarnos y poder querer a Deedee como si fuera hija nuestra.

Ella asintió con la cabeza.

—Llévame a casa, Luc. Llévanos a casa.

Luc la abrazó, poniéndole la barbilla sobre la cabeza, sus corazones latían al unísono.

—Pensé que no ibas a pedírmelo nunca.

Epílogo

Cinco meses después, en una casita en el sur de Francia, Hattie contenía el aliento mientras su marido entraba en ella, disfrutando de la exquisita sensación de sentirse suya.

Luc lo hacía con cuidado, despacio, como llevaba haciéndolo durante las últimas semanas, Hattie envolvió las piernas en su cintura.

—No me voy a romper —se quejó.

Las sombras de la tarde bañaban sus desnudos cuerpos con una luz dorada y, a través del espejo, Hattie vio cómo Luc se movía adelante y atrás, conteniéndose, llevándola al cielo antes de buscar su propio alivio.

Después, pasó una mano por su abultado abdomen con gesto reverente. Habían engendrado un hijo aquella noche en Key West.

—Creo que es un niño —murmuró.

Hattie suspiró, contenta.

—Vamos a tener mucho trabajo con dos niños tan pequeños.

—Ana y Sherman nos ayudarán. Todo irá bien.

Ella le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Eres mi príncipe azul. Nos rescataste a Deedee y a mí… nunca lo olvidaré.

Luc la miró con los ojos brillantes de felicidad.

—Te equivocas cariño. Fuiste tú quien me rescató a mí el día que apareciste en mi oficina. Deedee y tú me rescatasteis de una vida sin amor.

FIN